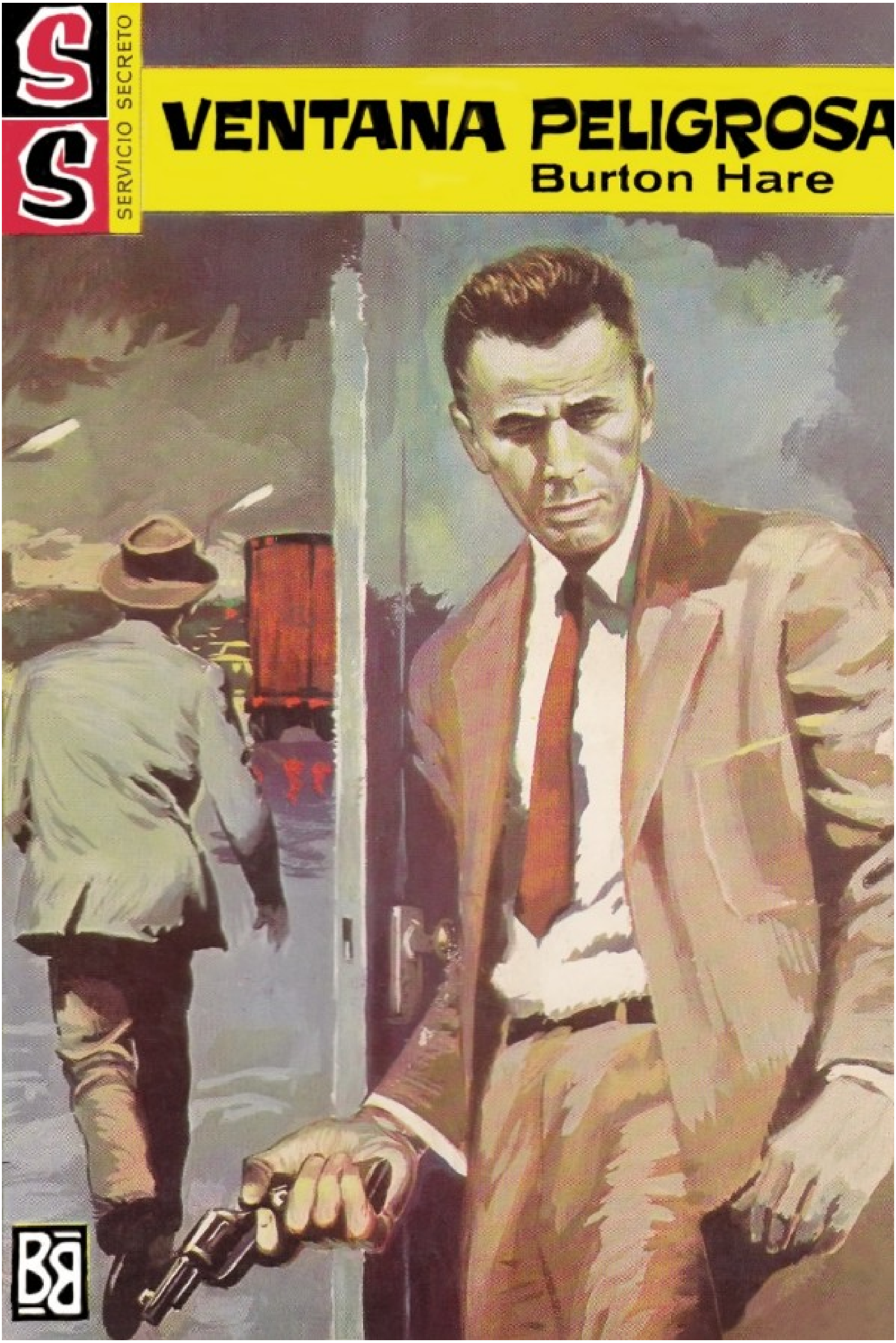
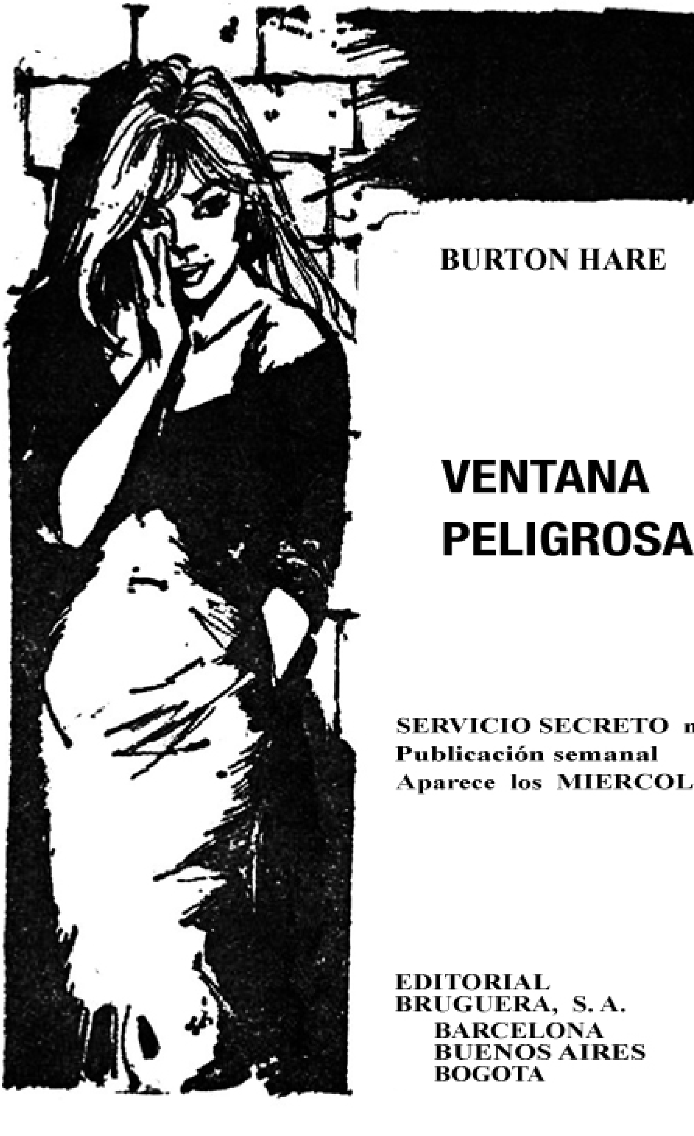

SERVICIO SECRETO
VENTANA PELIGROSA
Burton Hare



BURTON HARE

VENTANA PELIGROSA

SERVICIO SECRETO n.º 747
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 24156 - 1964

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

1.ª EDICIÓN: NOVIEMBRE - 1964

Impreso en **Imprenta Ecumene**, S. A. - Pasaje de la Banca,
Barcelona, 1964

N. R. 5344/64

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con
personajes, entidades o hechos pasados
o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:
128. — El muerto errante.

En Colección SERVICIO SECRETO:
742. — Demasiados criminales.

En Colección ARCHIVO SECRETO:
34. — Noche de pesadilla.

CAPÍTULO PRIMERO

—Desde que estamos aquí, has mirado el reloj un centenar de veces, muchacho. ¿Tienes alguna cita?

El vozarrón de Leo Brown sobresaltó al *barman,* que nos miró con cierto reproche.

Yo solo dije:

—No se trata precisamente de una cita, pero quiero estar en casa a las diez en punto.

Brown hizo una mueca de disgusto y bebió los restos de su *whisky*. Sobre el fondo del vaso tintinearon los trozos de hielo que todavía quedaban. Abandonó el vaso y refunfuñó:

—Tú llegarás lejos, O'Neil. Tienes la rigidez de los horarios de servicio metida en la sangre. Apuesto a que aspiras llegar por lo menos a fiscal de distrito.

Soltó una corta carcajada.

—¿Tú crees que me gustan los horarios fijos? —dije a mí vez, un poco molesto—. Me disgustan y me aburren. Tal vez por eso me entusiasma mi trabajo, porque si algo tiene no es precisamente rutina.

—¡Oh; tu trabajo! Diablos, no eres más que un *poli* lo mismo que yo.

—Detective de 2.ª y gracias, muchacho.

—¿Y qué con eso? Todos han empezado por abajo.

—Mira, olvídalo. Soy policía durante las horas de servicio. Cuando termino con este he acabado con la chapa. No quiero saber nada del Cuerpo. Háblame de tu cita.

Me encogí de hombros. Me dije que desde el mismo día que conocí a Brown le había oído decir lo mismo centenares de veces. Y sin embargo era uno de los mejores detectives del «Precinto 27».

—Ya te he dicho que no se trata de una cita —repetí—. Es algo distinto.

—Sea lo que sea, huele a faldas a una milla de distancia.

—En todo caso, olería a ausencia de faldas.

Respingó en el alto taburete y me miró con ojos agrandados por el asombro.

—Así que es eso —gruñó—. Yo tenía entendido que estabas comprometido para casarte, O'Neil.

—Y así es. Martha es una gran chica.

—Lo que no impide que te diviertas por ahí… con ausencia de faldas.

—Sigues equivocando los tiros. Lo único que deseo es echar un vistazo por la ventana de mí apartamento. Eso es todo.

—Estás como un chivo. ¿Tomamos otro trago?

—Yo, no. Uno es mi límite.

—¡Diablos! Hemos salido de servicio hace apenas una hora. La noche es nuestra, lo que quiere decir que podemos hacer lo que se nos antoje sin rendir cuentas a nadie. Te invito yo, muchacho.

Salté del taburete y llamé al *barman* con un gesto.

—Ni hablar, Leo. A las diez, en casa.

Pagué las dos bebidas y contemplé el gesto aburrido de mí compañero. Pero también acabó por saltar del taburete dándose por vencido.

El mozo trajo el cambio, dejé unos centavos sobre el mostrador y empujé a Brown hacia la salida.

Me costó un poco desprenderme de él en la acera. Vivía tan solo como yo mismo, aunque con menos suerte puesto que él compartía un pequeño apartamento con otro policía del «Precinto», y yo disponía de uno para mí exclusivamente. Diminuto, pero independiente. Por todo esto nunca tenía prisa para irse a acostar. Cuando alguien se lo reprochaba respondía invariablemente:

«Mi *partenaire* ronca como un cerdo».

Cuando conseguí sacudírmelo anduve hacia West 16 Street, sin prisa alguna porque era temprano todavía. Fumé un cigarrillo pensando en los pormenores del día que había terminado. Un servicio tranquilo como pocos. Muchos iguales y tardaría un siglo en ascender.

Como de costumbre, la puerta de la calle estaba abierta. La cerradura seguía estropeada. Tomé el elevador hasta mi piso y el cacharro resopló y se bamboleó armando un estrépito de todos los diablos. No era una casa nueva precisamente.

El pequeño apartamento olía a húmedo debido a las horas que había estado cerrado. Además, el calor de finales de agosto apretaba y aquellas paredes parecían las de un horno. Abrí las ventanas y durante unos instantes permanecí inmóvil junto a la que daba al callejón de la fachada posterior.

Delante de mí podía contemplar el oscuro muro de otra colmena semejante a la que yo habitaba. Algunas ventanas salpicaban de luz la oscuridad como gigantescas luciérnagas, por entre el laberinto de escaleras contra incendios.

Pero la única ventana que me interesaba estaba oscura todavía.

No encendí la luz. Me quité la chaqueta y la arrojé sobre una silla. También me libré de la funda axilar con el revólver de reglamento. Tras esto encendí un cigarrillo y me acomodé en una butaca.

Sólo debían faltar unos minutos. Me avergoncé al sorprender la impaciencia que me acuciaba. Una vez más, me dije que estaba comportándome como un sucio fisgón, igual que un despreciable impotente.

Pero venía diciéndome lo mismo desde hacía diez días exactamente. Desde el primer día que el apartamento que quedaba frente al mío, al otro lado de la callejuela, había sido alquilado por una hermosa desconocida.

Mientras aguardaba, intenté distraer mi impaciencia pensando en mi próximo servicio. Me dije que estábamos a jueves, de manera que al día siguiente, a las once, tendría que presentarme en la factoría de la *Kingwell Corp,* esperar allí que los contadores se hicieran cargo del importe de los salarios, lo contaran cuidadosamente y lo metieran en sus cajas de seguridad. Después podría largarme y hasta la noche no entraría de servicio. La misión de la mañana era algo, rutinaria, fuera de orden oficial, una especie de arreglo al que había llegado el director de la Empresa con el Comisionado.

También recordé que al día siguiente, viernes, tenía que acudir a mí cita habitual con Martha yendo a esperarla a la salida de las oficinas en que trabajaba. Ese pensamiento me inquietó y luché por apartarlo de mí en aquellos momentos, porque tenía la sensación de que mi comportamiento equivalía a una traición...

De repente, la luz de la ventana del otro lado se encendió y

«ella» entró en mi campo visual. Quedé rígido en mi butaca.

Era la mujer más hermosa que yo recordaba haber visto jamás. No pasaría de los veinticinco años y su estatura era mediana, pero tan bien formada que muy bien podría haber competido en un concurso de belleza. Y yo sabía muy bien que las rotundas curvas de su cuerpo no se debían a las ropas que llevaba puestas.

Poseía un rostro aniñado, con grandes ojos oscuros y unos labios rojos y brillantes. Yo estaba convencido que siempre estaban húmedos, prontos al beso...

Como todas las noches, mi vecina dejó el bolso sobre una mesita, se dejó caer en una butaca y lanzó los zapatos de altos tacones lejos de sí. Después estiró las piernas y se recostó voluptuosamente, como si estuviera muy cansada. Así permaneció unos minutos.

Yo casi hubiera podido decir por adelantado todos y cada uno de los actos que realizaría en el siguiente cuarto de hora, porque la había contemplado durante diez noches seguidas, lo cual me había costado cambiar mi turno de servicio con Green para que él hiciera el de noche que me correspondía, y también otra vez había hecho lo mismo con Brown... y seguiría haciéndolo si podía.

La muchacha se enderezó, abandonó la butaca y abrió el bolso. Sacó un cigarrillo, lo encendió y expulsó el humo con evidente placer. Seguramente era el primero que podía fumar completamente tranquila.

Tras esto, dejó el cigarrillo en un cenicero. No corría ni un soplo de aire y distinguí la columnita de humo cómo ascendía suavemente hacia el techo...

Ella procedió entonces a quitarse el vestido. Descorrió el cierre relámpago y el vestido cayó. Era como si estuviera contemplando una exhibición del más completo *strip-tease.*

Tomó el traje y desapareció de mí vista. Seguro que iba a colgarlo cuidadosamente en el armario.

Reapareció, llevando solamente las prendas íntimas. El cuello de mí camisa pareció encoger un par de números. Como otras diez veces, también esa noche sabía lo que iba a seguir.

Pero en eso me equivoqué. Hubo una variación en el programa acostumbrado. Primero fue el ronco sonido de un timbre. El sonido inmovilizó un momento a mí desconocida, que se quedó un instante

mirando la puerta que quedaba al fondo de la pieza. Después dijo algo, aunque su voz no llegó hasta mí, y echó a correr en la misma dirección por dónde se había ido con el vestido.

Cuando regresó iba anudándose el cinturón de una larga bata casera. Abrió la puerta y de repente la vi salir disparada hacia atrás, trastabillando a punto de caer de espaldas. La puerta acababa de abrirse violentamente y un hombre había aparecido en el umbral.

Me enderecé, sorprendido. El hombre cerró a sus espaldas y avanzó un paso. La muchacha había recobrado el equilibrio y se enfrentaba decididamente al intruso.

A juzgar por sus ademanes, ella hablaba furiosamente. El hombre avanzó unos pasos más. La mujer intentó retroceder y en el mismo instante el tipo saltó sobre ella, la sujetó violentamente y luchó para conseguir besarla.

Yo estaba en pie antes incluso de tomar ninguna resolución. Vi cómo ella se resistía y luchaba ferozmente. La bata se rasgó de arriba abajo y eso enardeció más al energúmeno asaltante.

Y entonces consiguió sujetarla de tal manera que pudo taparle la boca en el preciso momento en que ella se disponía a gritar.

Frenético, jurando entre dientes, saqué el «38» de la funda y salté por la ventana. Bajo mis pies resonó el golpe metálico del rellano. Me lancé escaleras abajo sin reflexionar, acuciado por todas las furias del infierno.

Al llegar abajo ni siquiera esperé a que el tramo deslizante de la escalera terminara de bajar, sino que me lancé, a la calle, di un traspié y eché a correr hacia el otro lado. Tuve que saltar dos veces antes de conseguir colgarme del último peldaño de la otra escalera.

Subí como si tuviese alas en los pies, pero el ruido que armé más bien daba la impresión de que golpeaban el metal con un martillo pilón.

Jadeando, con la boca seca y dominado por una ciega furia, llegué ante la ventana iluminada y sin vacilar salté al interior con el revólver por delante. Mi voz resultó ronca cuando grité:

—¡No se mueva!

Sólo di un paso dentro del apartamento, estupefacto por lo que veía. El hombre había desaparecido, la puerta estaba abierta, y la muchacha gemía sobre la alfombra, acurrucada igual que si tuviese frío.

Pude oír todavía los rápidos pasos del tipo saltando los peldaños de las escaleras y eso me decidió. Corrí hacia la puerta, pero la voz débil de la muchacha me detuvo.

—¡Déjelo! —sollozó—. ¡Va armado!

Me volví en redondo. Entonces vio el revólver en mi mano y se enderezó hasta quedar sentada.

—¡Dios, usted también! ¿Qué significa…?

—Tranquilícese —murmuré al acercarme a ella—. No le sucederá nada.

—Guarde el «38» en el bolsillo y la ayudé a levantarse. Pero la desgarrada bata quedó en el suelo, de manera que sentí bajo mis manos el cuerpo que había admirado de lejos noches y más noches. Noté perfectamente cómo mi pulso enloquecía y golpeaba en las sienes como una maza.

No encontré la voz por ninguna parte. Creo que en aquellos instantes lo único que realmente tenía vida en mí eran mis ojos…

Fue ella quien balbució:

—¡Ese hombre… quería…!

—Olvídelo. Ya ha pasado.

—¡Ha venido siguiéndome por la calle…! Pero no pude imaginar que se atrevería a atacarme en mi propia casa…

—Los hay capaces de eso y mucho más. Pero ya no tiene nada que temer.

—Ha sido tan espantoso…

Su cuerpo se hizo más pesado. El calor de su piel en mis manos parecía comunicarse hasta el fondo de mí cuerpo.

Y de repente tuve que echar mano a todas mis fuerzas para sostenerla y que no volviera a rodar por el suelo.

Se había desmayado.

La levanté en vilo y busqué un lugar donde tenderla. Al fin entré en su alcoba y la dejé cuidadosamente sobre el lecho. Entonces la miré… y el nudo en mi garganta se convirtió en una masa sólida y pétrea.

En todos los días de mí vida no había visto una mujer tan adorable.

CAPÍTULO II

—Creo que me he portado como una estúpida, ¿verdad?

Sonreí, tenso todavía por la emoción de haberla tenido en mis brazos.

—Estaba muy trastornada. ¿No conocía a ese bestia?

—No. Lo he visto por la calle, cuando me ha seguido. Yo… no sé cómo agradecerle lo que ha hecho por mí…

—Mi nombre es Edgar O'Neil. Llámeme Ed… como los amigos.

—Yo me llamo Sue.

—Veo que se encuentra mejor. ¿Qué puedo hacer más por usted, Sue?

—Ya ha hecho bastante, Ed… gracias. ¿Cómo ha llegado tan oportunamente?

Creo que enrojecí como un colegial sorprendido en falta. No podía decirle que había estado viéndola desvestirse todas las noches.

—Yo… bien, estaba en mi apartamento y he presenciado la lucha, eso es todo.

—He sido muy afortunada —comentó.

Se había cubierto con la sábana, pero no se preocupaba mucho de mantenerla sujeta, lo cual daba al traste con mis intentos para serenarme. No obstante, hice esfuerzos por conseguirlo.

—Creo que necesita beber algo fuerte para reponerse —dije con una sonrisa—. ¿Tiene *whisky* aquí?

—No. Y tiene usted razón, me siento como si acabara de recorrer mil millas a la carrera.

—Yo sé lo que haremos. Vístase y la acompañaré hasta el bar de la esquina.

—¿No será mucha molestia para usted? Seguramente tendrá alguien esperándole en su casa…

De nuevo me avergoncé, pero afirmé que no tenía a nadie en ninguna parte. Una vez más, me dije que traicionaba

miserablemente a la mujer con quien iba a casarme... cuando nuestras finanzas estuvieran en alza.

Salí del dormitorio y me entretuve contemplando la ventana de mí propio apartamento, iluminado y solitario. Con un sobresalto, recordé que la chaqueta y el dinero estaban al otro lado del callejón, de manera que si quería invitarla tenía que ir a casa primero.

Esperé a que saliera de la habitación para decírselo. Sonrió de aquella manera dulce que no había visto en ninguna otra mujer.

—Yo tengo dinero —dijo—. No tiene por qué ir a su casa...

—Me avergonzaría de mí mismo si aceptase ese trato. Iré en un instante. Espéreme aquí.

Me dirigí a la ventana y ella se asomó para verme bajar las escaleras metálicas. Un par de vecinos asomaron también las cabezas, alarmados por el alboroto que había armado al subirlas, pero ninguno de ellos quiso complicarse la vida, de manera que se metieron dentro y solo la bella muchacha quedó allí.

Estaba poniéndome la chaqueta cuando, al mirar por la ventana, descubrí que ella tenía el teléfono pegado al oído, hablando rápidamente a juzgar por sus labios.

Recorrí nuevamente el mismo camino, pero esta vez cuidando de no hacer ningún ruido. No obstante, los tramos deslizantes de ambas escaleras escandalizaron más de lo que hubiera querido.

Sue estaba colgando el teléfono cuando me asomé a su ventana.

—Listo —dije alegremente— Podemos salir cuando quiera.

—Sí, pero no por la ventana —rio.

Sólo cuando estuvimos en la calle se me ocurrió preguntar:

—¿Con quién estaba hablando por teléfono?

Se turbó, pero reaccionó rápidamente.

—Con una amiga mía —explicó—. No he podido resistir la tentación de contarle mi aventura. ¿Sabe? Le he dicho que mi salvador era un hombre muy apuesto...

—No sabía que fuera tan mentirosa, Sue.

Su risa semejó una música.

—Lo es —insistió con el mismo tono—. Aunque eso ya debe saberlo. Oiga, ahora que se me ocurre. ¿Por qué lleva usted un revólver?

—Es mi herramienta de trabajo. Soy policía.

—¡Oh!

—¿Tiene algo contra los policías?

—¡Al contrario, me encantan! Es una profesión emocionante. Además, esta noche me ha salvado usted, ¿no lo recuerda? Eso debería reconciliarme con los policías si tuviese alguna antipatía por ellos.

—Ya ha visto que no se necesitaba ningún héroe para salvarla. El tipo ha emprendido la huida en cuanto me ha oído subir las escaleras.

—Pero eso no quita importancia a lo que usted ha hecho. No podía saber si él escaparía o no... además, aquel hombre llevaba una pistola... Me ha amenazado con ella cuando ha huido.

—Deberíamos haberlo denunciado. Quizá algún patrullero diera con él. Constituye una amenaza yendo armado por esas calles.

—No, Ed... No quiero verme envuelta en líos.

El bar estaba casi desierto y pudimos elegir un rincón discreto. Pedí dos whiskies y esperé a que el mozo se alejara antes de hablar. Entonces dije:

—Si me vieran mis compañeros creerían que están soñando.

Detuvo el vaso a la mitad de camino a su boca y me miró sin comprender.

—¿Por qué?

Un poco turbado añadí:

—No es frecuente ver a un pobre detective de 2.ª en compañía de una mujer como usted, Sue.

—¿Qué hay de extraordinario en mí?

—Todo. No hay más que verla.

—Exagera...

—No... es usted la mujer más hermosa que he visto nunca. Bueno... yo... no estoy muy acostumbrado a flirtear, ¿sabe? Hasta ahora todo mi tiempo ha estado dedicado al trabajo.

—Comprendo. También se debe a, que es muy joven, ¿no?

—Tengo veinticinco años.

—Yo veintitrés.

Bebió y yo hice lo mismo. El alcohol despejó un poco los estorbos que entorpecían mi garganta, de manera que mi voz resultó más serena cuando dije:

—¿Vive usted sola... no tiene familia?

—Sí, pero en un pueblecito de Pennsylvania. Estoy sola en. Nueva York.

—¿En qué trabaja?

—Con un fotógrafo industrial, uno de esos que hacen fotografías para publicidad y catálogos... Es muy importante.

—Ya veo; usted es una de sus modelos.

—¡Oh, no! —exclamó, riendo—. Soy su secretaria.

—Con su belleza podrían obtener fotografías sensacionales, Sue.

—Tal vez no soy fotogénica.

Terminó su bebida y encendimos un cigarrillo. Me encontré sin saber qué decir, con los nervios alterados por su proximidad y sintiendo un placer casi físico al verla, tan hermosa, sonriente y junto a mí.

Fue ella quien murmuró:

—Debemos irnos, Ed. Mañana es día de trabajo.

—Sí... ¿No quiere otro trago?

—Gracias. Ya me siento completamente bien. No acostumbro a beber mucho.

—Yo tampoco. El jefe opina que un detective bebedor es un desastre como policía. Sólo tomo un trago al salir de servicio...

—Estoy segura que es un buen policía, ¿verdad, Ed?

—Trato de serlo por lo menos.

Se levantó y ambos salimos del bar. Anduvimos por la acera en silencio, hasta la esquina de su calle. Yo tenía que recorrer medio bloque más.

Allí dije:

—Cuando encuentre al sinvergüenza que la ha atacado, le daré las gracias.

—¿Sí?

—Gracias a él he tenido la oportunidad de conocerla...

Me miró recto a los ojos. En un susurro, opinó:

—Es usted un chiquillo, Ed.

—En todo caso, he crecido bastante para mí edad.

Estreché su mano. La suya era cálida y suave. Casi no oí su voz cuando murmuró:

—Eso no es una despedida... ¿No le gusto, Ed?

—¿Qué?

Tiró de mí mano y se empinó sobre las puntas de sus pies. Sus labios presionaron los míos y una corriente de fuego entró tumultuosamente dentro de mí.

Se apartó rápidamente.

—Buenas noches, Ed.

Giró sobre los pies y echó a andar, alejándose.

—¡Espere! —exclamé.

Me puse a su altura y anduve a su lado hasta el portal de su casa. Allí la obligué a mirarme.

—Quiero verte otra vez, Sue.

—No tengo mucho tiempo... Yo también lo deseo, de todas formas.

—¿El sábado?

—Bueno. Estaré libre a las cinco...

—Te esperaré.

Sonrió y comenzó a retroceder de espaldas hacia los escalones de piedra que había ante el portal. La sujeté por el brazo, me incliné y la besé suavemente.

—Buenas noches, Sue.

—Buenas noches, Ed...

Entró en la casa y yo dejé de verla. Todavía permanecí unos instantes allí, inmóvil, sintiendo la tormenta que sus besos habían desencadenado dentro de mí y diciéndome que aquello no podía ser realidad, que debía tratarse de un bello sueño y el despertar sería amargo y cruel...

Entonces no sabía cuánta razón tenía al pensar eso.

Me encaminé a mí apartamento andando despacio, abstraído y con la imagen de Sue fija en mis retinas.

Cuando entré en el apartamento encendí la luz y me acerqué a la ventana. Mi corazón dio un vuelco al descubrirla a ella asomada a la suya. Todavía llevaba el vestido y parecía haber estado esperándome.

Al verme me hizo un alegre saludo con la mano, retrocedió y corrió las cortinas, de manera que me quedé sin espectáculo. Pensé que habría adivinado lo que yo estaba haciendo en la ventana cuando el bestial asaltante había irrumpido en su apartamento.

Me acosté, pero tardé mucho tiempo en conciliar el sueño. Apenas si podía creer en mi suerte. Cuando al fin me dormí, seguí

soñando con el encuentro con tanta realidad como si estuviese viviéndolo todavía.

La mañana siguiente pasó rutinariamente. Me presenté en las oficinas de la *Kingwell Corp,* a tiempo de estar presente cuando llegó el camión armado trayendo el dinero de las nóminas. Lo custodié hasta el departamento de los contadores, cerré la puerta y me senté en el sitio de costumbre, fumando cigarrillos y contemplando cómo los hábiles empleados manejaban montañas de billetes, contándolos y distribuyéndolos en sobres preparados de antemano.

Terminaron poco antes de la hora de comer. Entonces encerraron las cajas de madera que contenían los centenares y centenares de sobres en la enorme caja fuerte. El jefe de los contadores pronunció casi las mismas palabras que venía oyéndole desde hacía meses, y mi trabajo quedó terminado.

Por la tarde, después de echar un vistazo a la ventana de Sue, y tras convencerme de que no estaba en casa, me fui a un cine para distraerme y dejar de pensar en la muchacha. No me atreví a presentarme ante Martha. Un sentimiento impreciso, entre vergüenza y remordimiento, me lo impidió, de manera que la llamé por teléfono a la oficina y le di una excusa para no ir a buscarla.

El cine resultó un plomo, pero me impidió pensar, que era lo que en realidad andaba buscando, y cuando salí de él tuve el tiempo justo de cenar en un bar y presentarme en el «Precinto» para firmar el registro de entrada a tiempo.

Green y Leo Brown habían llegado ya y estaban tomando café en la sala de detectives. Los dos me miraron, intrigados, cuando tomé un vaso de papel y me serví también el negro brebaje.

—¿Qué te ocurre, muchacho? —gruñó Brown.

Sorbí el café, que como siempre era flojo y soso. Después dije:

—No sé a qué te refieres.

—Es la primera vez en dos semanas que no cambias tu servicio nocturno.

Green opinó:

—Estará volviendo al buen camino.

—¡Oh, al diablo! —refunfuñé—. Ya no necesito asomarme a la ventana esta noche.

Los dos se miraron. Green opinó:

—Apuesto a que le patina el coco.

—¿Crees que está majareta? —rio Brown.

Estaba visto que me tocaba cargar con ellos, de manera que decidí seguirles la corriente.

—Anoche conocí a la muchacha más hermosa de Nueva York.

Green dio un respingo.

—¡No me digas! ¿Tú?

—¡Ajá!

—¡Pobre chico! Ha visto tan pocas mujeres que cualquier escoba con faldas se le antoja la doble de Liz Taylor.

—Vamos, Ed, descríbela —pidió Green burlonamente.

Lo hice, y tenía tan claro el recuerdo de Sue que la descripción resultó de maravilla. Los dos dejaron de reír de golpe y cuando terminé Brown gruñó:

—No hay duda que dice la verdad. La describe con demasiado detalle para ser imaginaciones suyas.

—¡Caray! ¿Y no tiene algún lunar en alguna parte también? —dijo Green.

—Sí —afirmé—. Justo en el seno derecho.

—¡Madre mía! —estalló Brown—. ¡Y que eso le ocurra a un imberbe semejante!

Green no dijo nada, pero engulló su café de un trago y me miró con ojos brillantes. Después sonrió y dijo entre dientes:

—Cuando se entere que eres un triste polizonte te mandará a paseo.

—¡Cuernos! Ya lo sabe.

—¿Cómo?

—Se lo dije anoche.

—¿Y siguió en tu compañía?

—Seguro. Es más; quedamos citados para mañana por la tarde.

Los dos se miraron. Habían perdido las ganas de burlarse.

—No puedo creerlo —masculló Brown.

—Bueno, no me importa si lo crees o no. Soy yo quien tiene que salir con ella, amigo; de manera que al diablo contigo. ¿Hay más café?

Tomé otro vaso y lo llené. Después encendí un cigarrillo.

Estaba a medio fumarlo cuando el sargento asomó la cabeza, nos miró y ordenó con voz ronca y atronadora:

—Dos de ustedes, vayan hasta lo de Kaleski. Parece que hay lío.

Acaban de llamar hace un segundo.

Salimos Green y yo. El salón de billares de Kaleski estaba apenas a dos manzanas de distancia, de manera que no tomamos ningún coche.

Había un buen alboroto al fondo del local, que se dividía en dos espaciosas naves. La más cercana a la puerta era un largo bar, siempre sucio y siempre concurrido. Al fondo, formando una T, estaba el salón de billares y allí se había organizado tumulto. Dos agentes de uniforme trataban de imponer orden, y uno de ellos repartía leña con su porra, obligando a los alborotados jugadores a amontonarse hacia un rincón.

Green se plantó sobre una mesa de billar con un ágil salto y desde allí bramó, esgrimiendo el revólver:

—¡Basta, macacos, silencio todo el mundo!

Nadie le hizo el menor caso. Estaban tan excitados que ni siquiera le prestaron atención. Entonces se inclinó hacia mí y gruñó:

—¡Cubre la salida, Ed, y atízale a todo el que se acerque a ti!

Yo tenía ya el revólver en la mano. Retrocedí, fascinado por la manera que tenían aquellos energúmenos de sacudirse estacazos.

Entonces Green levantó el revólver y disparó dos veces hacia arriba. Entre aquellas paredes, los disparos resonaron como dos bombas y parecieron derrumbar el techo, del que cayó una lluvia de estuco.

Pero fue una medida eficaz. Se hizo un silencio sepulcral y todo el mundo quedó inmóvil. Algunos quisieron ganar la salida, pero se encontraron con mi revólver en su camino y volvieron atrás apresuradamente.

Desde su elevada posición, Green aulló:

—¡Manada de bestias! ¿Qué diablos sucede aquí? ¡Todos al hincón, rápido!

Los dos agentes de uniforme repartieron unos porrazos más solo para acelerar los movimientos de aquella masa silenciosa y amenazante.

Entonces saltó Green al suelo y se enfrentó con ellos. Fui a reunirme con él, vigilando a los tipos que estaban en los extremos del grupo. Habría una veintena de habituales del local y algunos forasteros, todos con la misma catadura. No engañaban a nadie.

—Vamos, que alguien explique qué ha pasado aquí —ordenó

Green, todavía con su «38» en la mano. Del cañón se elevaba una fina columnita de humo.

Uno de los policías, dijo:

—Parece que ha surgido una discusión a causa de una apuesta en una jugada. Se han liado y… Bueno, ya ha visto usted el resultado.

Kaleski, el dueño del negocio, apareció junto a nosotros como por arte de magia. Tenía una voz atiplada y trató de quitarle importancia a la cosa. No le convenía para su negocio que la policía se mostrara demasiado dura.

—Habían bebido más de la cuenta, oficial —dijo dirigiéndose a Green—. En realidad son todos buenos chicos y…

—Y por poco le destrozan el local —le atajó mi compañero—. Un día de estos voy a clausurarle esta pocilga, Kaleski. ¿Quiénes han armado el alboroto?

Nadie dijo una palabra. Pero en primera fila había dos tipos con sangre en la cara, altos y de anchos hombros. Vestían ropas bren cortadas y eso los hacía destacar del resto del rebaño.

Los señalé con el revólver.

—A ver, ustedes dos —ordené—. Los papeles.

Se miraron, dudosos, pero el vozarrón de Green aulló:

—¿No han oído la orden? ¡Los papeles!

Ambos se destacaron y me entregaron sus tarjetas de identidad. Uno de ellos dijo con voz ronca:

—Nosotros no sabemos nada. Nos hemos visto metidos en el broncón, ¿sabe?

—Seguro…

Según sus documentos, el uno se llamaba Tony Bradford y el que había hablado llevaba el nombre de John Moore. Les devolví las tarjetas de identidad sin apartar la mirada de sus caras manchadas de sangre. Había algo en cada uno de aquellos tipos que no me gustaba.

Kaleski metió baza una vez más.

—Estos son forasteros, oficial. No los conozco…

Ambos miraron fríamente al dueño del tugurio, pero mantuvieron cerrada la boca.

Green dijo:

—¿Habían estado aquí antes?

—Un par de veces...

—¿Dónde tienes tu *cantón?* —le pregunté al llamado Moore, deseando probarlo.

Entendió a la primera.

—37 de Charles Street... es una pensión.

—Entiendes el *calostro,* ¿eh?

Me miró casi con pena. Gruñó entre dientes:

—¿Hay algún *andrufa* en estos andurriales que no lo entienda? ¡Si hasta ustedes, los *jaras,* lo hablan, hombre!

—Tú pareces un tipo listo. Vigílalos, Green, mientras les busco las cosquillas. Los dos, arriba las manos —ordené secamente.

—¡Jesús! ¿Creen que llevo una *fusca?*

—Eso es lo que quiero ver, si llevas pistola.

Los registré rápidamente. Ninguno de ellos iba armado. Sonrieron cuando me aparté.

—Tu cara me recuerda algo —intervino Green, dirigiéndose al más silencioso de los dos—. Tengo la impresión de que la he visto en alguna parte.

Bradford perdió un poco de color, pero su voz era segura cuando habló irónicamente.

—¿Qué pasa con mi cara? A mi madre le gusta mucho...

—No le gustará tanto si te la rompo. Me pareces un *bravero,* pero ándate con tiento por este distrito. No me olvidaré de ti —Green le dio la espalda al tipo y se encaró con Kaleski—: ¿Quiere presentar una denuncia contra alguno de esos bastardos? Le han roto un par de mesas y...

—¡No, no, no, oficial! Terminado el *tomate* terminado el rencor. Yo solo quiero paz, ¿comprenden? Tranquilidad, o mi negocio no funciona.

—Muy bien. Otro jaleo como este, Kaleski; y te cerramos el local. Ya estás advertido —se enfrentó con los dos matones y los examinó de arriba abajo de manera insultante, provocándolos abiertamente. Después les dijo—: Largo de aquí. No quiero volver a tropezármelos en este barrio.

Bradford echó a andar sin más discusiones, pero Moore dijo al pasar ante mi compañero:

—Se cree el emperador de la China...

Green solo giró medio cuerpo, pero su puño del tamaño de un

jamón golpeó de abajo arriba y alcanzó la punta del mentón del individuo. Moore salió volando y aterrizó de espalda sobre una mesa de billar.

Los anchos hombros de Green se cuadraron, ansioso de pelea. Pero se quedó con las ganas. Moore ya tenía suficiente para saber que había ido demasiado lejos. La sangre se escurría de las comisuras de su boca, pero no se preocupó de restañarla. Salió más que deprisa en pos de su compinche.

Eso puso fin al incidente. La mayoría de acorralados bravucones optaron por abandonar también el local, algunos se pusieron a jugar y cinco minutos después todo estaba en perfecto orden.

—Vámonos —le dije a Green—. Esto se ha terminado.

Los de uniforme se despidieron de nosotros y abandonaron el tugurio. Green refunfuñó y se encaminó a la puerta.

Ya en la acera dijo:

—La cara de ese fulano sigue intrigándome... la he visto en alguna parte. ¡Maldito sea! Eso me impedirá dormir...

—Olvídalo. Eran matones de tres al cuarto.

—No podré olvidarlo. Siempre me sucede igual. Cuando veo una cara que me recuerda algo no puedo cesar de darle vueltas hasta que localizo el recuerdo. Te apuesto a que ese Bradford ha estado entre rejas alguna vez.

—Bueno, la mayoría de los que estaban en los billares saben cómo es la cárcel por dentro. Vamos a tomar un café.

El café estaba frío, pero lo bebimos en silencio, contemplando a Brown, que dormía sentado en una silla cuyo respaldo había apoyado en la pared.

Ese fue el único incidente de aquella noche. Para mí, pasó tan lentamente que hubo momentos desesperantes, porque soñaba continuamente con la cita pendiente para la tarde siguiente.

Una cita con Sue.

CAPÍTULO III

Aquel sábado la llevé a cenar a un pequeño restaurante enclavado cerca del río, lo bastante elevado sobre él para que el olor no llegara hasta la terraza, pero no tanto que impidiera disfrutar de la maravillosa vista de las oscuras aguas, y las luces de los buques y el loco parpadeo de los anuncios de la otra orilla.

Sue estaba alegre, y desde el principio rehuyó toda referencia al asalto de dos noches antes. Respeté este deseo porque a mí tampoco me gustaba mucho hablar de aquello...

La suerte estuvo de nuestra parte. El tiempo era espléndido, y una ligera brisa soplaba sobre la terraza. La cena había sido deliciosa y las bebidas eran de primera, así que se presentaba una velada agradable para los dos.

No dejaba de darme cuenta que quien llevaba el timón de la conversación era ella. Yo no podía desprenderme de cierta timidez, o tal vez fuera solamente la emoción de saber que una mujer como aquella se interesaba por mí. El caso es que siempre era Sue quien elegía los temas de conversación.

Después del café preguntó:

—¿Te gusta ser policía, Ed?

—Pues sí... Es un trabajo que se aparta de la rutina.

—Pero no se gana mucho dinero, ¿verdad?

—Eso es cierto.

—¿Cuánto te pagan, Ed?

La miré, desconcertado. Después dije:

—De cinco a seis mil dólares al año.

Hizo un mohín y arrugó su linda nariz antes de opinar:

—Hay quién gana eso en un solo mes. Es una injusticia.

—Desde luego, también hay quien lo gana en una semana... y es posible que los grandes magnates lo embolsen todos los días. Pero para empezar, no está mal. Cuando ascienda ganaré más, naturalmente.

—Sí, claro…

—Háblame de ti, monada. Hasta ahora parece que estás haciéndome la ficha.

Se echó a reír, pero no me habló de ella. Pareció quedar abstraída, con la mirada perdida hacia el otro lado del río, y yo aproveché para contemplarla a placer. Era tan hermosa que uno gozaba con solo mirarla.

Al cabo de un rato sufrió un pequeño sobresalto y se volvió hacia mí, como si acabara de despertar de un mal sueño.

—¿Dónde estabas? —le pregunté suavemente.

—¿Qué quieres decir?

—Tenías la mente muy lejos de aquí, Sue, ¿verdad?

—Pues sí…

—¿Dónde?

—En Chicago.

No pude ocultar mi estupor.

—Pero tú dijiste que eras de Pennsylvania…

—Sí… sí, claro. Pero antes de venir a Nueva York estuve un tiempo en Chicago. Trabajé allí, ¿sabes?

—Has dado un buen salto, niña, para venir aquí.

—Sí.

—¿Por qué te pones triste? Sólo hablar de Chicago y una sombra se extiende por tu mirada. ¿Dejaste algún amor allá?

—¡Oh, Dios, no! —exclamó con vehemencia. Luego rectificó el tono y murmuró—: ¡Ningún amor, Ed!

—Entonces, ¿a qué viene tu tristeza?

—Figuraciones tuyas, ¿Por qué no me cuentas algo de tu trabajo? Me parece muy interesante…

—Estás tratando de cambiar de conversación, pequeña.

—Está bien, aciertas. Pero es que no quiero hablar de mis tiempos en Chicago. No fui feliz allí. Sólo conservo malos recuerdos.

—Está bien. Hablemos de nosotros entonces. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—Todavía no ha terminado esta noche y ya quieres hacer planes. Eres muy impaciente, querido.

—Mucho, cuando se trata de una mujer tan adorable como tú.

Sonrió, pero no dijo una palabra durante cierto tiempo. Sus ojos estaban fijos en mí de manera extraña, y me parecieron

empañados y profundos.

Al fin dijo:

—Ed… ¿Tú crees en el flechazo?

—¿En qué?

—Ya sabes, eso que ocurre en las novelas cuando un hombre y una mujer se enamoran de manera fulminante…

Un tanto sorprendido, tardé un poco en contestar.

—Me parece posible. ¿Te ha sucedido a ti alguna vez?

Me miró con intensidad. Luego murmuró:

—Creo que sí.

—Bueno, es… ¡Eh, un momento! —exclamé, estupefacto—. Estás hablando de nosotros, ¿no es eso?

—¿Y qué si es así?

—¡Diablo!

—¿Tanto te asustaría?

—No… No es eso, Sue. Pero me has cogido desprevenido…

—Ya veo.

—No, aguarda, no es lo que tú crees. Realmente, es maravilloso que hayas dicho eso, de veras, Pero tenemos otras cosas por en medio, otras circunstancias a considerar…

—Comprendo, Ed. No te molestes en seguir…

—¿Qué demonios te sucede ahora? Soy capaz de enamorarme de ti como un cadete… realmente, es posible que ya lo esté, no lo sé con seguridad porque mis sentimientos son un verdadero tumulto en estos momentos. Pero…

—Cuando hay un *pero* ya no puede haber lo que yo necesito.

—¿Necesitas?

—Sí, ¡oh, Dios, sí!

—¿Qué es eso, pequeña? No comprendo nada… ¿Es que estás en algún apuro?

—No…

—Sería un pésimo policía si no pudiera advertir tu incertidumbre, tu amargura o… tu temor quizá. ¿Es así?

Negó con un movimiento de cabeza, pero siguió callada. La miré y me sorprendió verla tan pálida. Sin embargo, en sus ojos había un brillo febril que los hacía todavía más bellos.

—Vamos, sé buena chica y dime qué te sucede. ¿Se trata del fulano de la otra noche?

—No. Y no insistas, Ed, por favor.

Sé levantó, tomó su bolso que tenía en el suelo, junto a su silla, y murmuró:

—Voy a empolvarme la nariz, querido...

—No tardes.

Pasó por detrás de mí, y al hacerlo su bolso chocó con mi hombro. Fue un buen golpe. ¿Qué demonio llevaba en él que pesara tanto?

Sólo cuando se hubo alejado me asaltó la idea. Y me estremecí al pensar que el peso de su bolso muy bien podía ser el de una pistola...

Esperé a que regresara. Vigilé el lugar donde dejaba su bolso y no dije nada al respecto. Sólo pregunté:

—¿Te sientes mejor?

—Sí. Tengo muy mal carácter, ¿verdad?

—Eres adorable.

—¿Nos vamos ya, Ed? Es tarde...

—¿Tarde? Si apenas son las once.

—Quiero pasear un poco.

Llamé al camarero, pagué la nota y bajamos en el ascensor hasta la calle. Echamos a andar por la orilla del río, viendo la negrura de las aguas y su rumor sordo rompiendo el silencio.

—¿Quién es ella, Ed?

—¿Qué?

Me detuve, tan estupefacto que no acerté a hablar. Ella añadió:

—Cuando un hombre como tú se desconcierta tanto al hablarle del amor, es que hay alguna otra muchacha en su vida. ¿Quién es, querido?

—Está bien, una vez más tienes toda la razón del mundo. Hay otra muchacha... se llama Martha.

—Comprendo.

—¡No comprendes nada, maldita sea! No estoy casado con ella todavía. Y no sé si te amo a ti lo suficiente para;...

—No lo digas, por favor. Y llévame a casa.

—Me parece una estúpida manera de estropear la noche, Sue. ¿Quieres que te diga que te quiero, así, a la ligera? Yo no sé mentir en estas cuestiones. Lo único que puedo asegurarte es que a tu lado me siento feliz, y me parece que soy otro hombre, más grande, más,

importante quizá por el solo hecho de tenerte junto a mí. Te hablo de lo que realmente estoy seguro. No me gusta jugar en estos asuntos…

—Pero no serías capaz de llevarme lejos de aquí, ¿verdad?

—¿Llevarte de aquí? —ella reanudó la marcha y tuve que dar dos pasos precipitados para colocarme a su altura—. ¿A dónde, Sue?

—¿Qué importa a dónde? Lejos, al Sur, por ejemplo, o al Oeste. Los Ángeles es un buen sitio, ¿no crees?

—¿Y por qué?

No respondió. Insistí otra vez:

—¿Por qué, Sue? Eso huele a persecución… ¿Te amenaza algún peligro tal vez?

—No, Ed, no le des más vueltas…

—Pero tú deseas escapar de Nueva York.

—Deseo que me lleves lejos de aquí… o desearía que lo hicieras si pudieses.

—Mira, estás dando rodeos y más rodeos alrededor de lo mismo. Tú temes a algo o a alguien en esta ciudad. De ahí que quieres irte.

—Si fuera lo que tú dices podría emprender el viaje yo sola cuando quisiera. Pero eso no tendría ningún objetivo… es contigo con quien… ¡Oh, dejémoslo ya, por favor!

—Está bien.

Antes que ella pudiera adivinar mis intenciones, le arrebaté el bolso. Lo había abierto ya cuando la muchacha comenzó a protestar, pero se calló cuando me vio sacar una pistola europea de pequeño calibre.

—¿La usas como contrapeso, Sue? —dije entre dientes.

—¡No tienes derecho a…!

—¡Tonterías! —la atajé secamente—. No es propio de las mujeres llevar una pistola en el bolso. ¿De qué tienes miedo?

—De nada, Ed, de veras. Yo… Desde la otra noche que la llevo, ¿comprendes? Eso es; desde que entró aquel asaltante…

—Estás mintiendo, Sue. Una pistola no se adquiere tan fácilmente. Tú ya tenías el arma en, tu poder antes de eso.

Apreté el resorte y el cargador saltó fuera de la culata. Era capaz de contener siete cartuchos, pero solo había seis. Las puntas

de cobre de las balas asomaban, limpias y brillantes. Seguí examinando el arma. El séptimo proyectil estaba en la recámara.

Metí otra vez el cargador. Tras el chasquido del cierre ella murmuró:

—¿Qué sigue ahora, policía, vas a detenerme por tenencia ilícita de armas?

—¡No digas estupideces! ¿De dónde la has sacado?

—Hace muchos años que la tengo en mi poder…

—¿La compraste en Chicago?

—Sí.

—¿Para qué la necesitabas allí?

—Realmente, no la compré yo, Ed. ¿Quieres devolvérmela?

Vacilé. Sus grandes ojos estaban muy fijos, casi vidriosos en mi cara. Lentamente, alargué la mano y le devolví el arma.

—Vas a meterla al fondo de un cajón y dejarla allí, ¿de acuerdo, querida?

Traté de que mi voz fuera lo más suave posible. Ella asintió.

—Lo que tú digas, Ed…

—Eso está mejor. Y ahora, por favor, Sue, dime qué te sucede?

—¿Otra vez?

—Y tantas como sea necesario.

Anduvimos un buen trecho en silencio, sin que ella respondiera a lo que le había preguntado.

Hasta que, ya cerca de su casa, murmuró:

—Tengo que pensarlo, Ed. Déjame esta noche para reflexionar… y mañana hablaremos.

—Mañana tengo servicio desde las ocho de la mañana.

—Bien, por la noche entonces…

—No comprendo por qué esa dilación. Si puedo ayudarte yo…

Me interrumpió con un ademán y después dijo:

—Te quiero, Eddy no me importa decírtelo. Pero es mejor que me olvides de una vez para siempre. Ahora todavía estamos a tiempo… después… sería terrible para ti.

—No comprendo una sola palabra de lo que dices. ¿Por qué sería terrible para mí?

—No quiero hablar más, Ed… hasta mañana por la noche.

—Está bien; esperaré. Pero entonces quiero saberlo todo. Y si puedo sacarte de algún apuro lo haré a costa de lo que sea.

—¿Incluso de tu carrera?

—¿Cómo?

—Buenas noches, querido...

Me di cuenta de que habíamos llegado frente a su casa y la retuve acercándola a mí. Su cuerpo presionó contra el mío.

—Sue... no quiero dejarte así...

Por el rabillo del ojo descubrí la sombra de alguien que se despegaba de un oscuro portal. Giré la cabeza a tiempo de ver a un hombre que, pasando por detrás de Sue, se alejaba sin prisas, como un paseante aburrido.

Lo que me hizo pegar un respingo fue al reconocer en el noctámbulo a uno de los dos matones del fregado de los billares, el llamado Tony Bradford. ¿Qué demonios estaba tramando por aquella vecindad?

Lo seguí con la mirada hasta verlo doblar la esquina y desaparecer. Entonces devolví mi atención a Sue.

—Escucha, yo...

Me interrumpí al ver la expresión de su rostro. Había en él tanto miedo como si acabara de ver a la misma muerte.

—¿Qué es eso, pequeña?

—Nada, Ed... hasta mañana.

Intentó desasirse, pero la aferré contra mí y la besé apasionadamente, hasta quedar sin aliento.

Después, ella giró sobre sus pies y subió corriendo los escalones y entró en la casa. La calle quedó extrañamente solitaria y desierta sin la muchacha.

Eché a andar apresuradamente en la misma dirección en que lo había hecho Bradford. Quería hacerle un par de preguntas. Por un instante, me pareció escuchar un ligero taconeo detrás de mí, como si una mujer se hubiera puesto en marcha también, pero cuando me volví no vi a nadie y el taconeo cesó. Ya no volví a escucharlo.

Tampoco pude descubrir al matón por muchas vueltas que di por las calles inmediatas.

Con la mente convertida en un torbellino, tomé el camino de mí apartamento con una viva sensación de zozobra en el fondo de mí alma.

Algo no iba bien. Algo que podía estallar en cualquier momento, porque yo estaba seguro que Sue no llevaba el revólver

solamente como adorno...

CAPÍTULO IV

Cuando me disponía a empujar la puerta de la calle, siempre sin cerrar a causa de la estropeada cerradura, escuché la voz que me detuvo en seco, una voz conocida, amada y en aquellos instantes ronca a causa de una intensa emoción.

La voz dijo:

—Espera, Ed...

Me volví en redondo para enfrentarme con Martha, que se acercó hasta quedar a un paso de mí.

—¡Martha! —exclamé, atónito—. ¿Qué haces aquí?

—Esperarte, naturalmente. Estoy esperándote desde ayer tarde.

—Pero yo te llamé. Te dije...

—Me dijiste que tenías que cumplir un servicio de un compañero. Fue una mentira, Ed, porque a la noche llamé al «Precinto» para decirte que hoy estaba libre... y me dijeron que entrabas de servicio más tarde. Pregunté y todo quedó aclarado.

—Lo siento, debí decirte la verdad. Yo...

De nuevo me interrumpió. En su voz se adivinaba el llanto contenido.

—Por favor, no sigas —dijo—. Te he visto con «ella».

Si pensabas romper nuestro compromiso podías haberte portado como un hombre, Ed. Nos conocemos desde hace muchos años... podías haberme advertido.

—Espera, querida, no saques conclusiones precipitadas. No es nada de lo que imaginas.

—He visto cómo la besabas, cómo estabas pendiente de ella hasta que ha desaparecido en su casa... ¡Oh, por lo menos calla!

—Tienes que dejar que te explique, Martha... ¡Por Dios, quiero que comprendas mi posición! Es a ti a quién quiero, pero conocí a Sue y...

—¿Se llama así? —me atajó nuevamente—. Un nombre de cabaretera...

—¡Maldita sea! Quieres dejar de comportarte como una niña?

—Me gustaría conocerla… ¡Oh, sí! Me gustaría decirle el mal que ha causado… ¡Éramos tan felices, Ed! ¿Por qué ha tenido que interponerse esa… esa…?

—¡Por favor, Martha!

Agachó la cabeza y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Traté de cogerla por el brazo y acercarla a mí, pero se apartó vivamente.

—¡No me toques! —exclamó.

Juntó las manos y forcejeó con ellas hasta que arrancó la alianza de su dedo.

—Toma —dijo—. Todavía puedes aprovecharla. A ella le gustará.

Dejó caer el anillo al suelo y, dando media vuelta, echó a andar apresuradamente.

—¡Martha, espera!

Tanteé el suelo hasta que encontré el anillo. Entonces eché a correr. No podía dejarla marchar así, entre otras razones porque yo estaba ahora seguro de que era a ella a quién realmente amaba.

La vi doblar la esquina antes que pudiera darle alcance. Pero no iría muy lejos. Aceleré el paso todavía más, pero solo llegué a tiempo de ver alejarse un taxi cuyas rojas luces de cola me parecieron los ojos del diablo, burlones y crueles…

Martha había desaparecido.

Aturdido, sintiéndome poco menos que convertido en un guiñapo, regresé sobre mis pasos mientras acariciaba la sortija dentro de mí bolsillo.

El apartamento se me antojó una celda carcelaria. No encendí la luz. Tampoco en el de Sue había ninguna claridad, por lo que supuse que ya estaba acostada.

Resultó una noche de pesadilla, sin pegar un ojo, llamando de vez en cuando al teléfono de Martha sin conseguir comunicación porque continuamente daba la señal de estar descolgado.

Cuando, a la mañana siguiente, me incorporé al servicio, estaba de un humor de perros. Hubiera necesitado algún jaleo violento para aplacar mis nervios, pero lo único que pude hacer durante las primeras horas fue beber café, tomar dos declaraciones y luchar contra el sueño que me vencía.

Después vino el sargento Vermon y echó un vistazo a la sala. Solamente estábamos allí Brown y yo.

—Usted, O'Neil —gruñó el sargento—. Tendrá que sustituir a Flanagan en el coche. Le, ha dado un ataque de no-sé-qué, de manera que será mejor que se prepare.

—De acuerdo, señor.

Brown refunfuñó, cuando el sargento hubo salido: —Estás de suerte, muchacho. Eso te quitará el sueño. ¿Qué diablos estuviste haciendo esta noche pasada?

—Si te lo dijera no lo creerías.

Revisé la carga del revólver, tomé un último café y me encaminé a la salida. Flanagan era uno de los detectives agregados a los autos-patrulla del distrito. No era un servicio desagradable ni mucho menos, pero yo estaba de pésimo humor y hubiera preferido encerrarme entre cuatro paredes para rumiar a solas mi estupidez. ¡Vaya un domingo!

En la puerta de la calle me detuve para encender un cigarrillo. El auto-patrulla no estaba todavía a la vista.

Y entonces se asomó un agente y exclamó:

—¡Caray, por poco no le pesco! Le llaman al teléfono, O'Neil.

—¿A mí?

—Claro. Edgar O'Neil...

—Bien, gracias.

Corrí hacia el aparato esperando escuchar la voz contrita de Martha. Seguramente, al reflexionar con calma se había dado cuenta de su absurda actitud y...

Pero fue Sue quien me habló a través del aparato.

—Ed —dijo—. He estado pensando mucho... durante toda la noche.

—¿Sí? Hemos coincidido en eso.

—Te juro que he tratado de convencerme a mí misma de que estaba equivocada, que lo que sentía por ti era un sentimiento pasajero, una especie de espejismo...

—¿Y has llegado a una conclusión?

—Sí, Ed.

—¿Y bien?

—No puedo olvidarte. Es cierto que te quiero, a pesar de que sé con seguridad que tú no me corresponderás nunca. Pienso que tal

vez es la manera de pagar mí… Bien; todo esto quiere decir que voy a contártelo todo, Ed… todo absolutamente. No quiero que corras ningún peligro. Me iré de aquí esta misma noche.

—¡Espera un minuto! Estás hablando como un papagayo y yo no comprendo una palabra. ¿A dónde vas a ir?

—No lo sé, pero debo marcharme. ¿Cuándo vendrás a verme, Ed?

—Tan pronto termine el servicio. Alrededor de las cinco de la tarde poco más o menos.

—¡Oh!

—¿Qué ocurre?

—¿No podría ser antes de esa hora? Te juro que es muy urgente. Y muy importante, Ed.

—Es imposible, Sue…

—¡Por Dios! Haz un esfuerzo… puedes cambiarte el turno y…

—No una vez iniciado, pequeña. A las cinco estaré contigo.

—Sí… solo que…

—¿Qué?

—Nada. Tal vez sea demasiado tarde.

—¡Sue!

—De todas formas, te quiero, Ed. Quizá es la verdad más grande que he dicho en mi vida.

—¡Espera! ¿Quieres decir que estás en peligro?

—Ven pronto, querido… ¡Oh, si hubiera sabido que no podías venir, yo…!

—¡Escucha, Sue! Dime ahora de qué se trata y así sabré qué he de hacer.

—No puedo, Ed. Estas cosas hay que contarlas cara a cara. Te veré a las cinco. Te quiero…

Y colgó sin esperar respuesta.

Sentía la tentación de solicitar una hora de permiso, pero comprendí que no accederían. Ya faltaba Flanagan, y andábamos muy escasos de personal, de manera que tuve que resignarme a tascar el freno hasta la tarde.

Cuando volví a la calle el auto estaba esperándome. La pareja de uniforme me mostró el carnet de ruta, en el cual no había ningún servicio importante anotado, y nos pusimos en marcha lentamente.

Nada sucedía que rompiera la monotonía de la patrulla. De vez

en cuando, el conductor arrimaba el coche a la acera y nos deteníamos un rato a fumar un cigarrillo, mientras la radio del auto desgranaba la monótona cantinela de los servicios, situaciones de autos-patrulla e indicaciones para cada uno de ellos.

Ni una sola vez nos llamaron a nosotros, de manera que a las dos de la tarde estábamos cansados de dar vueltas y vueltas sin hacer nada. Uno de mis compañeros comentó:

—Está ciudad se está volviendo muy aburrida. Hubo un tiempo que todos los días teníamos *tomate* en alguna parte. En cambio ahora…

No le respondí y seguí fumando, reclinado contra el respaldo del asiento trasero.

Escuchamos una llamada urgente para el coche «36». Debía acudir al Queensboro Bridge, a cuya entrada se había producido un grave accidente.

Pero nada para nosotros.

A las tres saqué el paquete de cigarrillos. Estaba vacío. Inclinándome hacia adelante dije:

—Deténgase en cualquier sitio donde vendan tabaco. Me he quedado sin un *pito.*

El conductor asintió con un gesto y poco después salté a la acera. Había una máquina automática adosada a la pared. Saqué un paquete de *Chesterfield* y regresé al coche.

Entonces la radio comenzó a aullar de nuevo.

—Es para nosotros —exclamó el conductor.

Por lo visto, alguien había escuchado un disparo y llamado al «Precinto». Nos dieron la dirección y salimos zumbando, con la sirena berreando a toda potencia, alarmando a la gente y abriéndonos paso como si una gigantesca escoba estuviera apartando a los demás vehículos de nuestro camino.

Unos minutos después el chófer gruñó:

—Eso está ahí delante… creo que es la segunda calle a la derecha.

Dejé de pensar en mis problemas y me incorporé de nuevo a lo que me rodeaba. Y no lancé una exclamación porque el mismo asombro me dejó sin habla, pero sí sentí una corriente de hielo subirme por la espalda, como una viscosa serpiente.

El auto se había detenido junto a la acera y el conductor

trataba de leer los números de las casas. Dijo entre dientes:

—Un poco más abajo…

Estábamos, en la calle donde vivía Sue.

¡Y el coche se detuvo justo frente a la casa de la muchacha, aunque al otro lado!

Saltamos a la acera un agente y yo. El conductor se quedó de pie junto al vehículo y señaló la casa ante la que estábamos.

—Este es el número —dijo.

Entramos y al instante una mujeruca vieja y arrugada nos salió al encuentro.

—¡Dios mío, creí que no llegaban nunca! —exclamó.

—¿Qué es lo que sucede? —pregunté, tenso.

—Un tiro… allá, enfrente.

Mi corazón dio un vuelco. Giré la cabeza y miré la casa de Sue.

—¿En aquella casa?

—Sí —dijo con voz cascada—. En alguno de los pisos.

—¿Cómo ha llamado usted desde aquí?

—¡Porque vivo aquí! Pero yo bajaba de casa de mi hijo, que vive ahí enfrente. Estaba al final de las escaleras cuando me ha parecido oír un disparo… Bueno, estoy segura que era un disparo, ¿sabe usted? Tengo muy buen oído para mis años y…

—¡Está bien, está bien! ¿En qué piso ha oído el tiro?

—No lo sé. El segundo, o el tercero tal vez… no puedo asegurarlo…

No esperé más y eché a correr, seguido del agente. Al pasar junto al auto le grité al conductor:

—¡La cosa parece que está ahí delante! Tómele los datos a la mujer…

Nos precipitamos hacia el ascensor, pero un sucio cartel pregonaba que estaba estropeado. Lanzando una maldición, comenzamos a subir la escalera saltando los peldaños de dos en dos.

Al llegar al primer piso, mi compañero farfulló:

—¿Cómo demonios vamos a saber en qué apartamento han disparado?

—¡Preguntaremos en todos los del tercero! Alguien más debe haber oído el estampido.

—¿Por qué en el tercero?

No respondí, pero seguí hacia arriba sintiendo que mis piernas

flaqueaban a medida que me acercaba al tercer piso.

No sabía cuál era la puerta del apartamento de Sue, pero calculando más o menos la situación de la mía en mi propia casa, golpeé frenéticamente la que me pareció más parecida en su colocación.

Nadie respondió. Un poco más allá, el agente estaba llamando a otro apartamento, aunque tampoco obtuvo ningún resultado.

—A estas horas —dijo—, la mayoría de la gente está divirtiéndose. Hace demasiado calor para permanecer encerrado en casa.

—Probaremos las demás.

Tampoco obtuvimos mejor resultado. ¡Tenía que haber sucedido precisamente en un domingo! El día en que toda la ciudad se agolpaba en las playas, o en *Coney Island,* o…

—¡Espere! —exclamó el agente de repente.

Me quedé quieto. Él había pegado el oído a una puerta y escuchaba con redoblada atención. Era la puerta a la que acababa de llamar.

—¿Qué pasa? —le apremié, impaciente.

—Me ha parecido que… ¡Sí!

Se irguió de nuevo y sacudió un par de golpes que hicieron retemblar la madera.

Sin embargo nadie acudió a abrir.

Mi compañero dijo:

—Alguien estaba sollozando ahí dentro.

—¿Qué?

—Una mujer. ¡Y no quiere abrir!

—¡Apártese!

—¡Eh, aguarde…!

Me lancé contra la puerta con todo el ímpetu que pude reunir. La madera resistió el primer embite. Creí que me había roto el hombro, pero me eché atrás y ordené:

—¡Ayúdeme, hombre!

—Me parece que eso no…

Pero cargó al mismo tiempo que yo y la puerta se abrió con un estrépito infernal. Golpeó contra la pared y quedó colgando, solamente sostenida por uno de sus goznes.

Dando traspiés, los dos nos detuvimos en medio del reducido

hall. Reinaba un silencio completo allí dentro, de manera que si alguien había estado llorando ya había callado.

Con el «38» en la mano, avancé hacia el interior.

—Cuide de la puerta —dije.

El policía de uniforme tenía ya su «45» de reglamento en la mano y no parecía muy satisfecho de cómo andaban las cosas.

—Tenga cuidado, señor. Si realmente ha habido tiros aquí dentro…

—Usted cúbrame las espaldas.

Avanzó detrás de mí, vigilante.

Ninguno de los dos pasamos del umbral de la salita. De la misma salita que durante noches y noches yo había contemplado desde mi ventana.

En medio de la salita, desmadejada como una muñeca rota, estaba Sue con toda su belleza destrozada para siempre. La sangre formaba un charquito alrededor de su cabeza.

—¡Santo Dios! —balbuceé casi sin voz.

Mi compañero fue más práctico.

—Sea como sea, esta no es la dama que lloraba mientras aporreábamos la puerta.

Sin hacerle caso, me acerqué al hermoso cuerpo y me incliné un poco. En la frente, un pequeño orificio semejaba un tercer ojo, maligno y mortal, que nos estuviera mirando desde el más allá.

—¡Sue! —suspiré.

—¿Qué dice usted?

Me volví hacia el agente.

—Registre el apartamento, rápido… si alguien lloraba aquí no puede haber ido muy lejos.

Se lanzó por la primera puerta que encontró a mano. Una oleada de ira me invadió y deseé matar con mis propias manos al bastardo que había arrebatado la vida a la hermosa muchacha. Me juré a mí mismo que lo haría… lo mataría yo mismo aunque ello me costara saltar del Cuerpo, ser degradado y encerrado entre rejas. ¡Tenía que vengarla!

Quizá el huracán de odio que me dominaba fuera también una especie de pantalla en la que quisiera ocultar mi culpabilidad. Porque yo sabía que si hubiese acudido a su lado cuando me había llamado ella seguiría viva. Pero el servicio me lo había impedido…

y ahora estaba muerta.

¡El maldito, servicio!

—¡Eh, venga usted aquí, O'Neil!

La voz del agente me obligó a pegar un brinco y correr hacia el interior del apartamento. El policía estaba de pie, rígido, mirando a la mujer acurrucada en un rincón. Unos enormes ojos desorbitados por el terror nos miraban como si estuvieran viendo al mismo Lucifer.

La mujer empuñaba una pequeña automática... La misma automática que Sue había llevado en el bolso.

Pero no fue eso lo que me hizo tambalear. Ni los ojos desorbitados, ni la expresión de locura de la hermosa, ni siquiera la pistola.

Y me tambaleé y la tierra pareció oscilar bajo mis pies y yo deseé con toda mi alma que se abriera y me tragara hasta el mismo fondo del infierno. Porque todo era preferible a lo que estaba viviendo en aquellos instantes.

Un siglo después, por encima de la agitada respiración de mí compañero, mi voz consiguió hacerse oír. Sólo dije:

—¡Martha...!

Sus ojos se clavaron en mí. Se abrieron un poco más y ella se derrumbó. Se había desmayado.

CAPÍTULO V

Era como una pesadilla de la que no conseguía reaccionar. No sabía cuántas horas habían pasado, cómo habían pasado ni la manera cómo me habían traído al «Precinto».

Igual que si estuviera drogado.

Después, mucho más tarde, tuve que reconocer que dentro de la tragedia estuve de suerte al tener al capitán Hartford de guardia aquel día. Cualquier otro oficial me hubiera crucificado.

El esperó pacientemente a que yo estuviese lo bastante sereno para contarle lo que sabía, la manera como había conocido a Sue y lo que había sucedido después entre ella y yo.

Tras esto, me dejó solo un buen rato en su despacho. Cuando regresó se contentó con mirarme y encender un cigarrillo, dejar pasar el tiempo y, de vez en cuando, gruñir alguna maldición entre dientes.

Hasta que dijo:

—Supongo que se da perfecta cuenta del lío en que nos ha metido a todos, O'Neil.

—Sí, señor.

—Ha atraído una desmesurada curiosidad sobre este «Precinto». Eso no es bueno en ningún concepto.

—Lo imagino, señor.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —estalló al fin.

—No, señor. Quiero saber cuándo podré ver a Martha Malone.

—Ya comprendo. Eso es todo lo que le preocupa, ¿eh?

—Sí, señor.

Se contuvo con un esfuerzo y aplastó el cigarrillo en el cenicero. No había fumado ni la mitad.

—Usted sabe que va a ser difícil —dijo—. El asunto ha pasado a Homicidios. Ellos la están interrogando, y, dadas las circunstancias, creo que no les hará maldita gracia que se meta usted en medio.

—Aun así, quiero verla, señor. Debe encontrarse deshecha... y yo sé cómo actúan los de Homicidios.

—Cuidado, O'Neil... Ya ha traído bastantes dificultades para que las aumente buscándoles las cosquillas a ellos. Por otra parte, no la tratarán mal, no tema. Ella ha confesado todo desde el principio.

—¿Ha estado usted allí?

—Sí.

—¿Dejaron actuar al abogado?

—No tenían por qué impedirle meter baza. Ella había confesado ya cuando él ha llegado, y por otra parte ha ratificado su declaración en presencia de Mc Givern... que dicho entre nosotros es un excelente abogado. No sabía que lo conociera usted, O'Neil.

—Estudiamos juntos. Por eso le he pedido ayuda.

—Muy bien. Ahora cuénteme otra vez todo el asunto desde el mismo momento en que conoció a esa muchacha, Sue Payne.

—Le he dicho ya cuanto sé sobre esto. ¿Tengo que repetirlo?

—Del principio al fin. Y no omita detalle.

Lo hice, y no resultó nada agradable. Al evocar los pequeños detalles de mí corta amistad con la desgraciada muchacha una garra parecía escarbarme el pecho y la ira borbotaba de nuevo dentro de mí.

Cuando terminé, el capitán gruñó:

—Hay algo muy raro en todo esto, muchacho. ¿Está seguro que ella dijo que no deseaba ponerlo a usted en peligro?

—No recuerdo exactamente sus palabras, pero eso fue lo que quiso decir. Me aseguró que iba a marcharse esta misma noche para evitar que a mí me sucediera nada. Pero antes quería contármelo todo...

—¿Y no tiene usted idea de qué era lo que quería contarle?

—No, señor.

—No adelantamos nada con eso. Tampoco nos favorece el que usted supiera que ella poseía la pistola. ¿Por qué mil diablos no se la quitó?

—No lo sé. La vi tan desesperada... tan amargada, que pensé dejarle el arma como protección. Recuerde usted que ya la habían asaltado una noche en su propio apartamento.

—También ese asalto tiene su misterio. No es muy convincente.

—¿Por qué, señor?

Se, encogió de hombros.

—Que me ahorquen si lo sé, pero huele mal. Si el tipo tenía una pistola en la mano, ¿por qué escapó cuando escuchó los pasos de usted en la escalera metálica? Él no podía saber que usted también estaba armado, ni que era policía… Lo lógico para él era pensar que se trataba de un vecino cualquiera.

—Aun así, es natural que echara a correr. Esos maníacos sexuales son cobardes, ya lo sabe usted. Prefieren huir a enfrentarse con un hombre.

—Nunca he visto a un maníaco sexual armado de una pistola.

Reconocí que en eso tenía razón. Además, yo sabía bien la larga experiencia del capitán Hartford en toda clase de delitos… y creo que sentí deseos de llorar al imaginar a Martha en manos de la Brigada de Homicidios.

Mi jefe añadió:

—Le hablo con toda sinceridad, O'Neil; opino que es mejor de momento que usted se mantenga al margen del asunto. No se deje ver, huya de los reporteros y si le echan la vista encima no haga declaraciones. ¿Comprendido?

—Pero quiero ver a Martha, señor…

—¡Oh, bueno! La verá tan pronto terminen con ella los de Homicidios. Yo lo arreglaré. Ahora es mejor que se vaya a su casa y aguarde allí. Arreglaré lo de sus turnos de servicio para que los periodistas no lo encuentren.

—Por favor, capitán —dije, cuando ya él daba la entrevista por terminada— ¿Puede decirme qué ha declarado ella?

—¿Martha Malone? —hizo una mueca de disgusto—. No hay por dónde agarrar esa declaración, muchacho. Está lista y empaquetada.

No dije una palabra, pero seguí allí tenso, aguardando. El comprendió que no iba a perderme de vista hasta que hubiese hablado, de manera que lo hizo al fin.

—Ella reconoce que disparó la pistola —dijo—. Cuenta que fue al apartamento de Sue Payne porque deseaba conocer a la mujer que le había robado al hombre que amaba. Quería decirle lo que opinaba de ella. Bien; dice que llegó allí y después de llamar a la puerta tuvo que esperar un rato largo… Sue abrió al fin. Iba vestida

con la misma bata transparente con que fue encontrada. Al principio se negó a permitir la entrada de Martha Malone. Incluso intentó cerrarle la puerta, pero Martha entró a la fuerza. Discutieron; Sue intentó convencerla de que abandonara el apartamento. Parece ser que eso era todo lo que deseaba. Al fin, viendo que no conseguía nada, abrió un cajón de la cómoda, sacó la pistola y amenazó con ella a su visitante... Pero Martha estaba demasiado furiosa para hacer caso a la amenaza. Se lanzó sobre ella, lucharon, cayeron al suelo y en uno de los forcejeos Martha se apoderó del arma. Casi al instante sonó el disparo, la pistola se encabritó en su mano y eso le hizo comprender que había disparado. Dejó de luchar y Sue todavía le propinó un golpe... después, ella cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra algún objeto y perdió el sentido. Cuando despertó... bueno, puede comprender cómo se sintió.

—¿Todo esto ha declarado?

—Y algo más. Yo lo he contado por encima.

Me sentí hundido. Era una declaración con la que el fiscal haría maravillas.

—Gracias, señor —murmuré—. Espero que me llamará tan pronto pueda verla.

Me miró con sus ojos grises y acerados. Por un instante dejó de lado la dureza innata de su carácter y dijo como despedida:

—Lo haré, O'Neil. Créame que siento de verdad lo que sucede.

Salí del despacho completamente aturdido, incapaz de pensar en nada que no fuera el drama en que se veía envuelta la mujer que amaba.

Mi apartamento se me antojó tétrico como la celda de la muerte. Eché un vistazo a través de la ventana y sentí una contracción en el estómago. Todo había comenzado con la ventana...

Busqué el *whisky* y me serví una buena dosis. Lo bebí puro, sin añadirle agua. Necesitaba un estimulante, pero el primer trago apenas si me hizo ningún efecto, a pesar de que no estaba acostumbrado a beber.

Seguí vaciando un vaso tras otro hasta que mi cabeza amenazó estallar y el estómago saltó hasta mi garganta, se colgó allí unos instantes y al fin descendió de nuevo a su lugar.

Entonces dejé de beber, encendí un cigarrillo y cerré los ojos. Pero continué viendo, en la oscuridad de mis retinas, el rostro desencajado de Martha, con sus ojos desorbitados de terror... y su grito histérico cuando recobró el conocimiento y se vio entre los policías de la Brigada de Homicidios...

También, en un segundo plano nebuloso e incierto, veía el cuerpo muerto de Sue. Y un dolor sordo escarbaba en mi pecho al pensar en ella, en su estúpida manera de morir y en mi parte de culpa en su muerte.

Creo que incluso perdí la noción del tiempo, sentado ante la ventana, fumando un cigarrillo tras otro. Cuando advertí la realidad que me rodeaba era noche cerrada y el teléfono estaba llamando como un desesperado.

Al descolgarlo escuché la voz del capitán Hartford, seca y dura como de costumbre.

—¿O'Neil? ¡Oiga!

—Sí... al habla.

—¿Qué demonio le pasa, está ronco?

—No. Le escucho, capitán.

—Está bien, todo arreglado, muchacho. Puede ir a ver a su chica esta misma noche. Está en el Preventorio Femenino y según mis noticias se encuentra bien.

—Gracias, señor. Iré ahora mismo.

—Otra cosa, O'Neil: Leo Brown se ha ofrecido para suplirle en su turno de mañana, de manera que no venga por aquí. ¿Está claro?

—Perfectamente, señor, ¿Querrá darle las gracias a Brown de mí parte?

Dijo que lo haría y colgó. Salí del apartamento rápidamente. Mi auto estaba en el apareamiento público de la esquina, de manera que fui a buscarlo para ahorrar el dinero del taxi. Tendría que hacer economías de ahora en adelante. Martha iba a necesitarme, y también la defensa me costaría un buen pico...

El motor protestó antes no se puso en marcha. Desde luego, el coche era ya más viejo de lo que yo hubiera deseado, pero para lo que yo lo utilizaba resultaba suficiente...

Enfilé la rampa de salida en primera. Se portó bien y cambié de marcha en cuanto el morro asomó a la calle. Hasta el coche parecía ponerse de mí parte para ganar tiempo.

Pero otros factores ajenos al auto frenaron mi impaciencia.

Estaba doblando el volante para enfilar la calle, cuando un poderoso *sedan* negro, con todas las luces apagadas, rugió al acelerar brutalmente, cruzó por delante del morro de mí coche y al mismo tiempo una ametralladora *Thompson* tableteó furiosamente.

No recuerdo exactamente cómo reaccioné, pero sí sé que los cristales estallaron a mí alrededor y mi pobre y fiel cacharro comenzó a dar bandazos hasta que golpeó contra alguna parte. Entonces me di cuenta que yo estaba tirado sobre la alfombrilla como un fardo, que millares de pedazos de cristal me cubrían y que en la calle se había desatado un buen alboroto. Voces chillonas, histéricas, pedían que alguien llamase a la policía. Silbatos y chillidos, y pasos precipitados acercándose…

Hice un esfuerzo y me deslicé hacia la portezuela, pero no conseguí abrirla. Con el golpe debía haberse encajado en la carrocería.

Pude enderezarme después de algunas contorsiones y me asomé por la ventanilla. Al instante, incontables manos me ayudaron a salir fuera del arrugado vehículo, de cuyo capó comenzaban a brotar pequeñas llamas. Vi que había ido a estrellarme contra el lado opuesto de la calle. Todo el morro del coche estaba aplastado. Pensé que había estado de suerte al no llevar todavía mucha velocidad ya que cuando estalló el ataque acababa de entrar la segunda. Gracias a esto no me había roto la crisma.

Dos agentes de uniforme se precipitaron por en medio de la gente. A empujones obligaron a todo el mundo a apartarse del auto y uno de ellos me sujetó firmemente por el brazo.

—Usted es el que iba en el auto, ¿no es cierto?

—Sí…

—¡Venga conmigo!

Lo seguí hasta que estuvimos lo bastante apartadas del grupo. Entonces le mostré mi credencial y el hombre se quedó muy asombrado.

—Llame al capitán Hartford, del «Precinto 27» y cuéntele lo que ha sucedido. Yo tengo otras cosas que hacer.

—Perfectamente —gruñó—, pero preferiría que esperase usted para explicar el atentado.

Vacilé. Si me liaba con las formalidades oficiales no podría ver

a Martha hasta el día siguiente, de manera que le di una excusa y me alejé apresuradamente. Llamé a un taxi en la siguiente calle y hasta que estuve acomodado no me di cuenta del intenso dolor que dominaba todo mi cuerpo. Había sido un buen golpe.

Pero no tenía sentido. ¿Por qué el atentado?

Hacía mucho tiempo que no detenía a ningún tipo lo bastante importante como para desencadenar semejante venganza. Tampoco estaba trabajando en ningún caso sensacional, ni, investigando la vida y milagros de alguno de los cabecillas del distrito...

No quise pensar en esto porque necesitaba de todas mis facultades para ayudar a Martha. No obstante, en mi subconsciente siguió bullendo lo sucedido hasta que me dije que posiblemente se trataba de un error... aunque raras veces los pistoleros profesionales cometen tal clase de errores.

Cuando llegué a la recepción del Preventorio Femenino, me encontré con Mc Givern, el abogado al que había llamado en medio de mí apuro. Estaba frente a la mesa de la mujer encargada del registro, ordenando unos papeles que colocaba cuidadosamente en su cartera de mano.

Estrechó mi mano con su habitual energía. Pero de repente se, inmovilizó y quedóse muy sorprendido, mirándome a la cara.

—¿Qué demonios te ha sucedido? —gruñó—. ¿Con quién te has zurrado?

—¿Cómo?

—Llevas la cara llena de cardenales, y un par de rasguños...

—¡Oh, eso! Olvídalo por ahora. ¿Qué hay de Martha?

Torció el gesto. No me gustó su actitud.

—Es el peor caso con que me he enfrentado en toda mi carrera, Ed. Sólo por ti lo he aceptado, te hablo sinceramente. Ningún abogado puede hacer nada por ella, excepto luchar para que la sentencia sea la mínima en estos casos.

—¿Tan mal está la cosa?

—¿Mal? Yo creo que está peor todavía. ¿No sabes los detalles de lo sucedido?

—El capitán me ha contado la declaración que ella ha hecho. No comprendo cómo le has permitido...

—¡Diablo, no había otra cosa que hacer! —estalló—. En primer lugar, a mí llegada ya le habían arrancado una declaración. Estaban

tan seguros de lo que tenían entre manos que no han puesto ningún inconveniente en dejarme a solas con ella. Y Martha ha insistido en que había declarado la verdad. Estaba tan hundida que solo quería descansar, que la dejasen en paz. Es más; incluso ahora insiste en atenerse a su declaración. Afirma que es lo que sucedió y que lo único que quiere es decir la verdad.

—¡Maldición! ¿No puedes rebatir esa declaración de alguna manera?

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Después refunfuñó:

—Sería como querer derribar un muro de cemento a puñetazos.

Me sentí tan desalentado como un niño perdido en un bosque.

—Voy a verla ahora. Tal vez me escuche a mí.

—Pierdes el tiempo. Ha tomado una decisión y se atiene a ella contra viento y marea. Lo siento, Ed, pero es así. No obstante, confío en aliviar la sentencia.

—¡Dios! Según entiendo, fue en defensa propia. Puedes insistir en eso y sacarle el máximo partido.

—No confíes mucho en este argumento —dijo de mal talante. Y añadió—: Ya te he dicho antes que es el peor caso de toda mi carrera. ¿Olvidas que Martha entró casi a la fuerza en el apartamento de la víctima? Fue «Martha» quien primero empleó la violencia para introducirse en una casa que no era la suya. Y fue cuando se negó a abandonarla que la víctima sacó la pistola del cajón, para obligarla a salir. ¿Dónde está aquí la defensa propia? Si la menciono siquiera, el fiscal le dará la vuelta al argumento y presentará a Sue Payne como la mujer que realmente se defendió.

—Comprendo… Y me siento el tipo más sucio de la ciudad. Todo ha sido culpa mía.

—Tal vez, pero olvídalo si quieres ayudar a tu novia. Tenemos mucho que hacer y necesito tu colaboración profesional.

—Naturalmente, cuenta conmigo.

—Tengo que irme ahora, Ed. Pero por la mañana te esperaré en mi despacho. Es muy importante.

—Conforme.

Estrechó mi mano y se marchó. Lo vi alejarse, y sus palabras quedaron flotando en los recovecos de mí mente como un negro presagio.

CAPÍTULO VI

Introdujeron a Martha y una celadora se quedó detrás de ella, apoyada en la pared y lo bastante cerca para poder escuchar lo que hablásemos.

Durante los primeros instantes, ni la muchacha ni yo dijimos una palabra. Nos quedamos yertos, mirándonos fijo y sin encontrar voz suficiente con que expresar lo que sentíamos.

Fue la celadora quien gruñó:

—Tienen cinco minutos. No los desperdicien.

Martha se dejó caer en la silla y yo hice lo mismo en la que estaba colocada frente a ella.

—¿Cómo te sientes? —balbuceé.

—Ahora bien… Pero ha sido horrible, Ed.

—Lo comprendo.

—Siento que haya sucedido eso, yo…

—Escucha, pequeña. No tenemos mucho tiempo. Mc Givern y yo vamos a sacarte de aquí, de manera que tienes que ayudarnos. Sé cómo sucedieron las cosas. Pero quiero oírlo de tus labios, Martha. ¿Te sientes con fuerzas para repetirlo una vez más?

—¿Para qué, Ed? Todo está ya firmado.

—No importa… ¿Han sido muy duros contigo, cariño?

—No han tenido que serlo.

—Ya veo. Vamos, cuéntame. El tiempo se agota.

—No hay nada que contar. Yo… Quería conocerla. Había visto en qué casa entraba… ¿Recuerdas la otra noche? Bien, fui allí impulsada por el despecho y los celos, eso es todo.

—¡Por favor, Martha! Los hechos, cíñete a ellos.

Me miró y una sombra pasó por sus ojos.

—Veo que estás actuando como policía ahora, Ed.

—¡Condenación! Estoy tratando de sacarte de aquí. Quiero encontrar cualquier resquicio en tu declaración por dónde abrir brecha en el juicio. ¡Por favor…!

—Está bien; una vez más no importa.

Cerró un instante los ojos, que estaban rodeados de profundos círculos. Me estremecí al contemplar su palidez, y de nuevo sentí el remordimiento de haber provocado indirectamente la terrible tragedia.

Empezó a hablar todavía con los ojos cerrados. Su voz era baja y monótona.

—Tardó mucho en abrir la puerta —empezó—. Cuando lo hizo me miró. Debía conocerme porque estaba muy pálida al mirarme, como si comprendiera lo que se le venía encima...

—Un momento, Martha —la atajé, atónito—. Ella no te conocía. Jamás te había visto, aunque yo le había confesado tu existencia en mi vida. No pudo reconocerte en absoluto.

—Bien, eso es lo que yo creí entonces a causa de su actitud. Después, cuando le dije quién era, intentó cerrarme la puerta en la cara, pero empujé y me colé dentro y empezamos a discutir furiosamente. Y no me pidas que te diga qué nos dijimos... Ahora me avergüenzo de ello...

La celadora se removió. La miré con, angustia. Habían pasado los cinco minutos...

—Por favor —pedí—. Unos minutos más. Es muy importante...

La mujerona sacudió la cabeza. Me pareció advertir cierta simpatía en su mirada. Al fin refunfuñó:

—Unos minutos más. Es todo lo que puedo hacer por ella.

—Gracias...

Martha prosiguió en el mismo tono:

—Me dijo muchas veces que me fuera. Incluso me empujó hacia la puerta, pero la aparté de mí violentamente. Fue entonces que se acercó con rapidez a la cómoda y sacó la pistola. Todavía no me explico cómo tuve valor para lanzarme sobre ella y tratar de quitarle el arma... debía estar ciega de furor en aquellos instantes. Pero eso es lo que hice, Ed. Luchamos y sé que rodamos por el suelo, pero yo conseguí quitarle el arma, ¿comprendes?

—Sí. Continúa, por favor.

—¡Oh, Dios! Fue espantoso... Chilló diciendo algo que no entendí. Luego, cuando vio que llevaba las de perder, dijo una cosa absurda. Me pidió por favor que le devolviera la pistola... y mientras lo pedía seguía golpeándome... Absurdo, ¿no crees?

—De momento prefiero no creer nada. Sigue.

—Estábamos así, luchando en el suelo, cuando la pistola se disparó. Noté la sacudida en la mano y vi el fogonazo. El olor de la pólvora me hizo toser y ella aprovechó todavía para golpearme por última vez… y ya casi no sé más. Caí hacia atrás y mi cabeza golpeó en alguna parte… perdí el conocimiento. Eso es todo, Ed…

No dije nada. Permanecí inmóvil, con sus palabras remachando en mi cerebro como si quisieran grabarse en él a fuego lento.

Después dije con voz ronca:

—¿Estás segura que te golpeó «después» que disparaste?

—Sí; completamente segura. Debió ser un movimiento reflejo… Por lo menos, eso ha dicho el médico de la policía, el que me ha reconocido después de mí declaración en la Brigada de Homicidios.

—¿Te ha examinado un médico?

—Sí. Uno viejo, muy amable…

—Ya sé… Para atestiguar que no te han sometido a violencia alguna. Así, ellos también han advertido ese detalle…

—Sí. Y un teniente se lo ha preguntado al doctor. Ha opinado que en ciertos casos, los centros nerviosos actúan en última instancia impulsados por una orden recibida del cerebro en el instante de morir. Eso se llama movimiento reflejo, supongo yo, ¿no?

—Tal vez. ¿Contra qué golpeaste al caer?

—No lo sé. Cuando recobré el conocimiento, me encontré con la pistola en la mano, caída sobre la alfombra y casi junto al cadáver de aquella pobre muchacha… Yo no quería hacerle ningún daño, Ed. ¡Te juro que solo deseaba conocerla…! Saber por qué me había robado tu cariño y…

—Estás equivocada, amor mío. No te robó nada porque yo sigo amándote igual que antes. Y te amaba igualmente cuando salí con ella aquella noche, aunque estuviese lo bastante ofuscado para no darme cuenta de ello.

—No te esfuerces, Ed. No hay rencor por mí parte, pero no tienes que engañarme ahora. Estoy dispuesta a afrontar las consecuencias de mí acto.

—¡Condenación! Estás diciendo tonterías. Te sacaremos de aquí y te casarás conmigo en cuanto salgas. ¿Para qué me serviría mi chapa de *poli* si no podía sacar a la mujer más bonita del mundo de

un pequeño apuro?

Intentó Sonreír, pero fracasó en el empeño y las lágrimas asomaron a sus ojos, aunque luchó por reprimirlas.

La celadora se acercó decidida.

—Lo siento —dijo—. El tiempo ha terminado.

Martha se levantó. Yo lo hice también y cuando estaba luchando para encontrar una frase animosa con que despedirme, ella dijo:

—Quiero que sepas que no tienes ninguna obligación conmigo, Ed. Un hombre puede dejar de amar a una mujer y enamorarse de otra sin que ocurra ningún drama… a menos que ella sea una estúpida.

—¡Martha!

Se alejó, custodiada por la robusta mujer. La amargura que llenaba mi interior creció y necesité de todas mis fuerzas para no llamarla a gritos desafiando todos los reglamentos, y retenerla más tiempo junto a mí a despecho de la matrona que se la llevaba.

Cuando desapareció detrás de una puerta y quedé solo en la pequeña salita comprendí que no era ese el camino a seguir, de manera que di media vuelta y abandoné el triste edificio decidido a disputarle su presa a la justicia, lo que no dejaba de ser una paradoja teniendo en cuenta qué yo era policía.

Mi siguiente visita, a pesar de lo tardío de la hora, fue para el capitán Hartford, al que encontré de un humor de perros.

Quiso escuchar de mis labios todos los pormenores del atentado que había sufrido, y tras escucharme atentamente dijo casi a gritos:

—¡Y en lugar de esperarme en el lugar del suceso, se larga como si le estuviera ardiendo la planta de sus pies! ¿Qué diablos se ha figurado que representa su credencial de detective de 2.ª?

—Quería ver a Martha Malone, capitán.

—¡Y yo quería verle a usted, maldita sea! —refrenó su indignación, para lo que tuvo que echar mano a todo su dominio. Luego añadió con voz contenida—: ¿Quién puede haber tramado ese ataque?

—No lo sé, señor.

—Forzosamente debe tener una idea al respecto. Lleva el suficiente tiempo en el Cuerpo para conocer cómo trabaja esa gentuza. No ametrallan a la gente por las calles solo para hacer

ruido. Tampoco se equivocan de identidad cuando atacan a un hombre de esa manera.

—Ya lo he pensado, señor. Pero ni así consigo encontrar un motivo lo bastante firme para matarme. Desde que eché el guante a Joe La Bica no he detenido ni investigado a ningún «grande» del hampa. Y hace un año de la detención de La Bica.

—Nadie tiene interés en vengar a La Bica. En todo caso, los que le sucedieron estarían dispuestos a darle a usted una recompensa. Los libró de su peligroso jefe y se apoderaron lindamente de sus negocios. Tiene que ser otra cosa.

La idea que estaba dando vueltas en mi cerebro se agigantaba a medida que pensaba en ella. Dudé entre exponerla al capitán o no, y al fin decidí que nada perdía con hablarle. Su integridad lo hacía el más apropiado para aconsejarme.

Así es que dije:

—Tal vez sea otra cosa, señor.

—¿Qué cosa?

—Sue Payne pensaba revelarme su secreto. Un secreto que, según ella, me libraría a mí de un grave peligro y a ella de lo que la atemorizaba. Era algo lo bastante importante como para huir de la ciudad... ¿Comprende?

—Pero usted dijo que la pobre muchacha no había llegado a contarle nada.

—En efecto, pero es posible que alguien crea que «sí» me reveló ese secreto, sea el que fuere.

—¡Diablo! Eso me parece razonable... ¡Qué lástima que no llegara a entrevistarse con ella!

—Más lo lamento yo, señor, porque en ese caso Martha no estaría ahora detenida, ni Sue habría muerto.

Gruñó su asentimiento. Comprendí que iba a dar por terminada la entrevista y me apresuré a formular una petición.

—Quisiera su ayuda, señor —dije—. Tengo un par de ideas con respecto al caso.

—¿A cuál de los dos? Porque si sus ideas se refieren al asesinato mejor será que las olvide. Ya sabe cómo son los de Homicidios. Además, el fiscal tiene el caso redondeado, de manera que...

—Aguarde un minuto, por favor —le interrumpí, impaciente

por exponer mi deseo—. Hace un par de noches hubo un altercado en lo de Kaleski. Acudimos el detective Green y yo. No fue nada importante y supongo que habrá leído el informe que redacté sobre ello. Ahora bien; había dos tipos allí, un tal Tony Bradford y otro llamado John Moore. Tuvimos un poco de jaleo con ellos...

—Ya leí todo eso, pero no veo qué relación pueden tener con lo otro.

—Tony Bradford surgió de las sombras, junto a la casa de Sue, la misma noche que la acompañé a su casa.

—Bueno, podía estar dando un paseo...

—No lo creo. Me dio la impresión de que había estado aguardando algo... o vigilando el regreso de la muchacha, Y ella se asustó terriblemente cuando lo vio alejarse.

—¡Un momento, O'Neil! ¿Cómo sabe que se asustó; se lo dijo ella?

—No, señor. Pero hay cosas que se ven claramente sin necesidad de palabras.

—Ya veo... ¿Qué es lo que desea?

—Averiguar todo lo posible sobre esos dos individuos. Incluso mandando sus nombres y descripciones a la Oficina Federal de Washington si fuera necesario.

Vaciló. Estuvo unos segundos acariciándose la mal afeitada mejilla antes no refunfuñó:

—*Okey,* muchacho. Daré las órdenes oportunas para que se intente esa identificación. Pero tal como sucedieron las cosas en el apartamento, eso no puede ayudar en nada a su novia. ¿Se da cuenta, verdad?

—Sí, señor. No obstante, insisto en mi petición.

—De acuerdo. Tan pronto sepamos algo se lo diré. Cuando salga diga a Green que quiero verlo.

—Sí, señor. Y muchas gracias.

—Métase en su casa y quédese allí. No quiero declaraciones de mis hombres en los periódicos. ¿Comprendido?

—Perfectamente, capitán.

Abandoné su despacho, di la orden a Green y abandoné el «Precinto» sintiendo una leve esperanza en lo más recóndito de mí corazón.

Anduve por las oscuras calles con el revólver empuñado y

metido en el bolsillo de la chaqueta, dispuesto para abrir fuego en menos de un segundo. No me pillarían de sorpresa por segunda vez.

Pero no fui a casa todavía.

Primero visité el tugurio de Kaleski, con su abigarrada clientela, su atmósfera espesa y maloliente, su griterío y el agudo chasquido de las bolas de billar al chocar entre sí.

Kaleski vino a mí encuentro en cuanto me vio, deshaciéndose en sonrisas. Perdimos un par de minutos hasta que pude convencerle que si bien estaba fuera de servicio, no quería beber ni *whisky* ni cerveza.

Tras esto le solté:

—Quiero encontrar a aquellos dos *andrufas* de la otra noche, Kaleski. ¿Has vuelto a verlos por aquí desde entonces?

—*¿Acantos?* ¡Qué va! No han vuelto a asomar la *jeta* ni una sola vez.

—¿Seguro?

Esbozó un gesto ridículo, como si se ofendiera de que alguien pudiera dudar de su palabra. Me despedí de él y me largué.

Recordaba la dirección que me había dado el llamado Moore, así es que me encaminé a *Charles Street* convencido de que perdía el tiempo. Si Moore había tenido algo que ocultar no habría sido tan estúpido de darnos su dirección auténtica.

Tal como me lo figuraba resultó. El número 37 correspondía a una casa de tres pisos dedicada toda ella a fábrica de cristales ópticos. Estuve hablando con el agente que patrullaba aquel sector y no me quedó duda sobre la falsedad de John Moore.

El resto de la noche, hasta la madrugada, lo pasé recorriendo los tugurios del distrito, los antros en los que la presencia de un policía hace el mismo efecto que la aparición del cólera; los salones de billar y los bares de peor fama. En todos esos lugares y algunos otros intenté localizar a los dos escurridizos bravucones, o por lo menos saber noticias de ellos mediante los nombres y descripciones.

Fracasé en toda la línea. Nadie supo decirme una palabra.

Lo mismo podía habérselos tragado la tierra.

Cansado, amargado por mí fracaso, con la inquietud por el futuro de Martha, llegué a mí apartamento cuando las primeras luces del amanecer ponían tintes grises sobre las azoteas y comenzaban a teñir las fachadas con el sucio e incierto color

grisáceo que nunca había podido definir.

Pero incluso a semejantes horas me costó dormirme. Y cuando lo conseguí las pesadillas poblaron mi sueñe de paisajes de infierno.

CAPÍTULO VII

Cuando llegué al despacho de Brett Mc Givern, a la mañana siguiente, era mucho más tarde de lo convenido, pero yo había realizado ya otra visita y un nuevo rayo de esperanza brillaba en mi mente.

Brett me ofreció un cigarrillo y tras encenderlo dije:

—Creo que podremos elaborar una nueva teoría que tal vez haga dudar al jurado. Si implantamos la duda entre ellos tenemos parte del caso ganado. ¿No es eso lo que los abogados predican?

—Depende de los casos. Este está demasiado claro, Ed. No obstante, veamos tu teoría.

—Martha afirma sin lugar a dudas que Sue la golpeó fuerte en el cuello «después» de dispararse la pistola. Todo el mundo ha aceptado este detalle. Los de Homicidios se limitaron a consultar con el doctor que testificó en el interrogatorio y él les dijo que podía tratarse de un movimiento reflejo...

—Sé todo esto, muchacho. Al grano.

—*Okey;* yo también he visitado a un médico esta sanana y le he expuesto el hecho. Me ha formulado muchas preguntas, pero sobre todo tenía mucho interés en saber dónde se había alojado la bala. Al decirle que en el cerebro la cosa no le ha gustado nada.

Brett se enderezó un poco en su sillón y un chispazo brilló en su mirada.

—Ya veo adónde vas a parar —dijo—. Sigue.

—Ese médico opina que ni siquiera un caso de entre un millón podría darse en una herida semejante. Arriesgando mucho, y suponiendo que el movimiento destinado a propinar el golpe estuviese iniciado en el instante de recibir el balazo, llegaría sin fuerza a su destino. Sin duda, no sería lo bastante potente como para derribar de espaldas a una persona.

—Ya veo a dónde vas a para —dijo—. Sigue.

—Bueno... él no quiere arriesgarse a jurar que es imposible, no

obstante estaría encantado de declarar ante el tribunal poniendo de manifiesto las escasas probabilidades de que una cosa así sucediera.

—No interesa —cortó secamente—. El fiscal no le permitiría exponer teorías vagas o inconcretas. Le exigiría que dijera que sí o no simplemente. Tendría que convenir en que una vez entre un millón pueden coincidir las circunstancias precisas para que el golpe fuera lo suficiente fuerte y nos habría hundido. No, muchacho. Eso no nos sirve como defensa.

—Pero podemos intentarlo, aunque solo sea para que el jurado vacile...

—Lo utilizaremos solo en un caso extremo, Ed. Y sé lo que me digo, créeme.

—No lo dudo. Pero si alguien hubiese escuchado «dos» tiros en lugar de uno... Ten en cuenta que Sue tenía miedo, quería escapar de la ciudad porque la amenazaba algún peligro...

—Comprendo. Quieres insinuar que Martha no mató realmente a Sue, sino que al dispararse la pistola la bala se perdió. Luego, al perder el conocimiento, otro se metió en el apartamento, cogió la pistola y disparó sobre la cabeza de la muchacha, volvió a colocar el arma en manos de Martha y se largó. ¿Es eso?

—Poco más o menos.

—Lo siento —refunfuñó—. La bala tendría que estar en alguna parte. O empotrada en la pared, o en algún mueble... o en el techo tal vez. Pero no se ha encontrado ni rastro. Tampoco pudo salir por la ventana porque estaba cerrada y habría roto los cristales. No; solo se disparó una vez. Además, quedaban seis proyectiles en la pistola, y la bala mortal había salido de esa arma precisamente. Una bala blindada, con caperuza de cobre.

—Sí, yo mismo vi esas balas...

—Ahí tienes. Por ese lado no hay nada que hacer. Han examinado el apartamento pulgada a pulgada para atar todos los cabos. No han encontrado ni la menor señal de que se hubiese disparado un balazo contra cualquier parte, excepto el que terminó con. Sue.

—Está bien, Brett. ¿Qué puedo hacer para ayudarte? Suspiró resignadamente.

—Mucho me temo que no puedas hacer nada. He estudiado el caso durante toda la noche y no hay apenas ningún resquicio, solo

presentar a Martha como una víctima de las circunstancias. A los jurados siempre les impresiona una mujer joven y bonita, enamorada románticamente… Además, tenemos unos antecedentes de Martha tan limpios, tan honestos, que forzosamente influirán en el veredicto. Pero nos interesaría encontrar algo sólido contra Sue Payne.

—¿De qué estás hablando?

—No creas que es nada agradable, pero el fin justifica los medios. Tendríamos que presentar a la víctima con las tintas más sucias posibles ante el tribunal. Pero aportando datos y pruebas, no solamente palabras. ¿Sabes de dónde procedía?

—De Chicago. Y no le gustaba hablar de sus tiempos en aquella ciudad. Aunque ella era natural de Pennsylvania.

—Encargaré a un detective privado de Chicago que escarbe en busca de cualquier dato que pueda servirnos…

—Espera un minuto —le interrumpí—. ¿Te propones cubrir de lodo la memoria de Sue?

—¿Y qué importa eso? Ella está muerta, ¿no? Ya no le importa lo que se diga. Sin embargo, Martha está viva y tenemos que ayudarla. ¿Qué demonios te pasa ahora?

—No me gusta, Brett. Sue era una buena chica.

—Eso dices tú. Pero yo estoy acostumbrado a presentar pruebas ante el tribunal, no afirmaciones sentimentales. Soy abogado criminalista, no pastor de almas.

—Aun así, no me gusta.

—*Okey*. ¿Quién se encarga de la defensa?

—Tú, claro, pero…

—Entonces se hará lo que yo diga.

—Pero no a cambio de convertir a Sue en una cualquiera.

—Mira, Ed. Eres un chiquillo en estos asuntos. Probablemente descubramos que, realmente, era una cualquiera. ¿No te has preguntado nunca por qué se arrimó a ti?

—¡Condenación! La saqué de un apuro, eso es todo.

—Ya me lo contaste cuando me pediste ayuda. Pero yo analizo las cosas, no me limito a mirar a través de una maldita ventana. ¿Por qué se desnudaba cada noche ante tus narices?

—¡Caray! Ella no sabía que yo la estaba mirando.

—Pero mantenía la ventana abierta…

—Bueno, su apartamento es semejante al mío. Cuando ha estado mucho tiempo cerrado se acumula el calor y no hay quien resista con las ventanas cerradas.

—Concedido. Pero podía haberse desnudado en el dormitorio, no en la salita según tú me has contado. ¿No se te ha ocurrido pensar que muy bien pudo ser su anzuelo, un anzuelo destinado a pescarte? La prueba que era efectivo, es que lo tragaste con sedal y todo.

—Estás loco.

Sonrió como un conejo antes de añadir:

—Piensa en ello y ya me dirás qué opinas en otra ocasión. Yo voy a ponerme al habla con Chicago ahora mismo.

Me levanté. A pesar de todo, no estaba convencido de que la idea de Mc Givern fuese la más acertada.

Nos despedimos y me lancé a la calle con el propósito de trabajar por mí cuenta, aprovechando que estaba libre de servicio.

Mi primera visita fue para la anciana que había denunciado el disparo. La buena señora me recordó al instante, aunque no demostró ninguna satisfacción al verme.

—Ya me han molestado ustedes bastante —refunfuñó—. Declaraciones y más declaraciones, y firmas, yo que apenas si sé sostener la pluma… Y me hicieron trasladar a su oficina. ¿No pueden dejarme en paz? Ya he dicho todo lo que sé.

Quedó jadeando después de la parrafada. Ya no tenía muchas energías.

—Le ruego que me perdone, pero ha surgido algo nuevo… No pienso molestarla más de lo preciso.

—Está bien, pero acabe cuanto antes. Tengo que preparar la comida todavía…

—Sólo deseo que reflexione bien en lo que voy a decirle. ¿Está completamente segura, totalmente segura de que solo escuchó un disparo?

Su ya arrugada frente se convirtió en un mapa en relieve.

—¡Claro que solo oí un tiro! —exclamó—. ¿Cree que mis oídos no funcionan bien o qué? Fue un solo tiro el que sonó.

Mi entusiasmo por las ideas que había formado descendió sensiblemente.

—¿Dónde estaba usted cuando lo escuchó?

—También he aclarado eso. ¿Por qué repiten siempre las mismas preguntas?

—Es necesario, señora. Lo lamento mucho.

—¡Sí, lo lamenta! —exclamó con sarcasmo—. En fin; yo descendía las escaleras y había llegado al primer piso cuando lo oí.

—¿Y después de eso?

—¿Qué quería que hiciera? Salí corriendo, vine aquí y llamé a la policía, eso es todo.

—¿En qué piso vive su hijo?

Sacudió la cabeza, con disgusto, pero explicó:

—Mi David ocupa el estudio de la azotea. Es pintor, usted sabe, y necesita luz para trabajar.

—Sí, claro. Y desde la azotea no debió escuchar ni siquiera el disparo que Usted ovó.

—No, ya hemos hablado de eso. Ni se enteró siquiera.

—Comprendo. Eso es todo, y gracias por su amabilidad.

—A ver si ahora me dejan en paz. Ya le digo yo que...

No esperé el resto y abandoné el apartamento. Atravesé la calle y entré en la casa en que había vivido Sue.

Plantado en el oscuro zaguán, vacilé sin saber realmente qué podía hacer. La declaración de la anciana era concluyente y no dejaba lugar a dudas. Pero mi resolución de buscar cualquier indicio que pudiera ayudar a Martha me empujaba, y decidí no dejar ninguna posibilidad sin tantear, aunque solo fuese para sembrar la duda entre los jurados, hacerlos vacilar a la hora de emitir su veredicto.

Así es que llamé a la primera puerta que hallé a mano, en la planta baja.

Me recibió un tipo bajito, con cara de luna llena y pequeños ojos azules. Iba en camiseta y por lo visto terminaba de afeitarse, porque todavía llevaba restos de jabón en las orejas.

Le mostré la chapa y él me hizo pasar, tan satisfecho como si recibiera en su casa a un viejo amigo del colegio.

—¿Usted sabe? —comentó, mientras me indicaba un asiento, sonriendo amablemente—. Con todo este jaleo y es usted el primer policía que se interesa por mí.

—¿Sí?

—Bueno, yo trabajo durante todo el día, excepto hoy que tengo

libre. Estoy en unos almacenes, ¿comprende?

—Muy bien, es usted muy amable, amigo. Supongo que el día del crimen usted no estaba aquí…

—No. Me perdí la excitación y todo lo demás. El almacén en que trabajo sé ocupa en exportaciones y los festivos no cuenta para nosotros. Los buques deben zarpar a su hora, ya sabe.

—Naturalmente.

—Además, aunque hubiese hecho fiesta tampoco hubiera estado aquí… era domingo y me gusta mucho la playa. ¡Hay cada niña, usted sabe!

—Ya veo…

—Supongo que no encontrarían a ningún vecino… esos apartamentos son infectos, igual que hornos. Y los festivos todo el mundo pone tierra de por medio, claro. Excepto Fuller, no creo que hubiese nadie más en toda la casa.

—¿Se refiere al pintor?

—¿A ese papanatas? No, hombre. Fuller ocupa un apartamento del primer piso. Está inválido, ¿comprende? Por eso no sale apenas de casa a menos que alguien lo saque con su silla de ruedas.

El corazón pegó un brinco en mi pecho.

—¿Sabe si estaba aquí el domingo?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Oiga, ¿qué tal si tomásemos un trago? Tanto hablar a estas horas tempranas me deja seco.

—Gracias, no bebo. Pero puede hacerlo usted si le apetece.

—No me gusta beber solo…

—Otra cosa, míster…

—Winthrop, Mike Winthrop es mi nombre.

—Bien, míster Winthrop. ¿Conocía usted a la muchacha asesinada?

—¡Ya lo creo! Era un bombón, ¿no cree? ¡Madre mía, qué niña! Y había hablado también con ella, no crea…

—¿Sí?

El tipo se hinchó como un globo. Sus lascivos pensamientos debían hacerle vivir imaginarias aventuras con todas las mujeres que veía pasar por su lado.

No obstante, resultaba un tipo charlatán de los que alguna que otra vez sueltan algo interesante. De manera que esperé

pacientemente.

—Eso fue el día que vino a ver el apartamento para alquilarlo. Yo estaba en la puerta cuando llegó y entablamos conversación.

Imaginé que habían hablado del tiempo, aunque en la mente del hombre, calenturienta y repleta de fantasías debió atojársele un verdadero romance. Pero seguí escuchándole con cortés atención y él añadió:

—Me pareció que le gustaba hablar conmigo, ¿sabe usted? Porque tenía el taxi esperándola y no le importó que pasara el tiempo.

—Así que vino en un taxi...

—El coche de Ryan precisamente. Hizo un buen negocio con aquel viaje.

Agucé mi atención al llegar aquí.

—¿Conoce usted al taxista?

—¿A Ryan? ¡Naturalmente, amigo! Somos como hermanos... de chiquillos nos sacudíamos de pedradas por esas calles. ¡Que si conozco yo a Erskine Ryan!

—Me gustaría hablar con ese Ryan, si usted puede decirme dónde vive...

—Claro que se lo diré. Es un gran muchacho. Y volviendo a la niña... bien, esperé a que bajara de ver el apartamento y me alegré mucho cuando dijo que iba a quedarse con él. Aunque ella no parecía muy acorde con el piso, ya lo vería usted. Era una dama de precio, seguro.

—Sí... ¿Tiene la dirección del taxista que la trajo?

—Espere, se la anotaré en un papel.

Garabateó sobre un pedazo de papel mal cortado y me lo entregó.

—Gracias —dije—. Voy a ver a ese Fuller. ¿Dice usted que vive en el primero?

—Sí; puerta «D».

Me despedí del locuaz individuo. Había sido un tiempo bien empleado, si uno mantenía la esperanza en lo que pudiera sacar del taxista. El nuestro es un trabajo en el que puede esperarse obtener un interesante dato de donde menos se había pensado.

Fuller resultó el polo opuesto del charlatán Winthrop. Tal vez era debido a su invalidez, que lo había amargado, pero resultó un

tipo tan espinoso como un cactus. Estaba sentado en un gran sillón, cerca de la ventana, y llevaba una manta sobre sus inútiles piensas a pesar de la calurosa temperatura.

—Según he leído en los periódicos —dijo abruptamente—, tienen el caso resuelto. ¿Para qué me molestan a mí si es así?

—Estamos aclarando los últimos datos —mentí—. Principalmente, queremos establecer exactamente los pormenores del suceso. Hay algunas lagunas todavía en la investigación.

—No puedo ayudarles en nada. Nunca me muevo de ese sillón. No sé nada. No vi nada. Ni siquiera conocía a la víctima.

—Pero puede usted oír perfectamente —dije con calma.

—Sí.

—¿Estaba aquí el domingo, cuando tuvo lugar el homicidio?

—Pasé todo el día, en este maldito sillón. Mi hija se había ido a la playa con… Bueno, con alguien.

—Así supongo que oiría usted el disparo.

—Con toda claridad.

Contuve el aliento. La última esperanza de afianzar mi teoría dependía exclusivamente de aquel hombre, de un paralítico amargado y lacónico.

—¿Estaba también junto a esta misma ventana?

—Sí.

—Observo que su apartamento mira a la fachada principal de la calle. El de Sue… el de la muchacha muerta da al callejón trasero.

—¿Y qué? Yo estaba aquí. Me había dormido cuando algo me despertó.

—¿Algún ruido?

—Algo.

—¿El disparo tal vez?

—El disparo se oyó después, cuando ya estaba despierto.

—Un instante, por favor, míster Fuller. ¿Puede precisar qué fue lo que rompió su sueño?

—No. Supongo que sería un portazo en alguna parte. O el escape de un coche. No lo sé.

—¿Pudo ser un disparo?

—¿Qué clase de policía es usted? Le he dicho que oí el disparo después, cuando ya llevaba algunos instantes despierto.

—Me refiero a si pudo ser un disparo distinto al que usted oyó

luego.

—¿Es que hubo dos tiros?

—Yo no he dicho eso.

—Bueno, pudo ser un disparo, claro. Dormido no supe qué había sido lo que me despertó, pero debió ser un sonido fuerte. Tengo un sueño muy pesado.

—Supongamos que hubiera habido dos disparos. ¿Cuánto tiempo transcurrió desde el ruido, que le despertó hasta el tiro que oyó con toda claridad?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Tal vez un minuto… tal vez algo más. Sí, un par de minutos o así. Recuerdo que estaba refunfuñando contra el que me había despertado cuando oí los pasos de la vieja en la escalera.

—¿De qué vieja?

—¡Oh, diablo! Es cierto que no sabe a quién me refiero. A la que vive ahí enfrente, la que llamó a la policía.

—¿Cómo sabe que era ella?

Me miró desdeñosamente y explicó:

—Cuando un hombre está enterrado en vida en un sillón, aprende a distinguir unos ruidos de otros. Se sorprendería las cosas que uno deduce de unas simples pisadas. Ella bajaba de ver a su hijo.

—Ya veo… Lástima que no pueda precisar el origen del ruido que le despertó…

—Fue un golpe seco, seguro. Un portazo… o un tiro, como usted dice.

—Pero no puede estar seguro.

—No.

—Trate de concentrarse en la siguiente pregunta, míster Fuller, por favor. Usted oyó las pisadas de la anciana en el rellano y al mismo tiempo escuchó el disparo. Ahora bien, el primer estampido, o golpe o lo que fuera que le despertó, ¿pudo ser oído por la mujer? Quiero decir, si el tiempo entre un tiro y otro fue lo bastante corto para que ella estuviese ya en la escalera, por ejemplo, dos pisos más arriba…

—No lo creo. Ni siquiera debía haber salido del estudio de ese pintor chiflado.

—Comprendo. Y no quiero molestarle más, míster Fuller. Ha

sido usted muy amable.

—Espero que no vuelvan a molestarme otra vez.

Esa fue su despedida, pero no me importó. Su declaración no tenía consistencia alguna, no obstante me daba un pequeño agarradero para sostener todavía mi teoría, aunque bien es verdad que yo me hubiera agarrado a un clavo ardiendo con tal de salvar a Martha.

Abandoné la casa y me encaminé a las señas del taxista Erskine Ryan. Era otro eslabón de la cadena que yo trataba de fabricar sin más materiales que mi entusiasmo y mi amor por Martha Malone...

CAPÍTULO VIII

Erskine Ryan era un hombre corpulento, con enormes brazos cubiertos de negro vello. Tenía la aparente fortaleza de un gorila, pero su cara era de expresión infantil, agradable. Ni siquiera la vista de mí credencial consiguió borrar la sonrisa de su ancho rostro.

—Sí, recuerdo a la muchacha —afirmó a mí primera pregunta al respecto—. Entre otras razones porque estuve la mayor parte de la tarde con ella. Además de la coincidencia de llevarla a la casa donde vive Winthrop.

—¿Dónde tomó ella el taxi, Ryan?

—En la parada de la Grand Central.

—¿Es que había bajado en algún tren?

—No, pero vino allí a buscarme. Es el lugar más seguro para hallar siempre un taxi libre. Además, ella vivía allí cerca.

Estuve a punto de pegar un respingo.

—¿Cómo sabe dónde vivía?

Sonrió con superioridad, satisfecho de poder apabullar a un pobre policía.

—Porque, después de visitar el apartamento en casa de Winthrop, me hizo ir a su otra casa, cargar las maletas y regresar otra vez al nuevo apartamento.

—Vayamos por partes. Ella tomó su taxi, se hizo conducir a la casa donde alquiló el apartamento, volvió con usted al que ya poseía, cargó su equipaje y de nuevo hizo el mismo recorrido. ¿Es eso?

—Exacto.

—*Okey.* ¿Dónde está el apartamento del que retiró su equipaje?

—Tendré que mirarlo en mi libro de servicios… sé que era en «East 41 Street», pero no recuerdo el número.

—Pero usted sería capaz de reconocer la casa, y recuerda el apartamento del que sacó el equipaje.

—Sí, eso sí.

—Muy bien, va a llevarme allí ahora mismo, Ryan. Puede ser un dato muy importante.

—Está bien, si usted lo manda. No quería empezar hasta más tarde, pero ya que tengo que salir aprovecharé para unas horas extras.

En su mismo taxi recorrimos el trayecto. Quedé estupefacto al ver que el edificio donde Sue había vivido anteriormente era un lujoso bloque de cemento, acero y cristal, con una marquesina en la acera y un portero con todo el tipo de un almirante.

El apartamento del que Ryan había sacado el equipaje de la muchacha era el «247 C», de manera que entré directamente a los ascensores después de despedirme del taxista que tan buen servicio acababa de prestarme.

El muchacho del ascensor no hizo una sola pregunta. Le di el número y accionó la palanca. Mi estómago descendió hasta los talones cuando salimos disparados hacia arriba.

Frente a la puerta que buscaba me detuve. Una vez allí las cosas no parecían tan fáciles. Los nuevos inquilinos ni siquiera habrían oído hablar de Sue Payne...

—Llamé una y otra vez, pero nadie acudió a abrir. Tal vez estaba todavía desalquilado.

Pulsé el botón de llamada del ascensor. Cuando el muchacho asomó su pecosa cara por la abertura le pregunté por los inquilinos del «247 C». Pareció sorprenderse.

—Casi nunca están aquí, señor —dijo.

—¿Cómo es eso?

—No lo sé. Ella se marchó hace un par de semanas. Creo que se fue a casa de sus padres para solucionar un asunto. El hermano sigue aquí, pero a veces se pasan días sin que aparezca.

—Así que son dos hermanos...

—En efecto.

—¿Estabas aquí cuando ella se marchó?

—Sí, claro, trabajando...

—*Okey.* Creo que vino un taxista, que fue quien se llevó su equipaje, ¿no es así?

—Exactamente.

El chico me miraba con la duda y la desconfianza retratadas en su cara. Decidí que era cosa de acelerar sus respuestas y le mostré

mis credenciales. No parecieron gustarle mucho tampoco.

—¿Estás seguro que la mujer que salió de aquí, con el taxista y el equipaje, era la misma que tiene arrendado el apartamento?

Parpadeó, tan asombrado que apenas encontró voz suficiente para murmurar:

—¡Vaya pregunta! Era ella, claro.

—¿La viste bien?

—Bueno… la bajé en el ascensor. Y la había bajado muchas otras veces, y subido… incluso hablado con ella.

—Pero por lo común tú estás de espaldas a los pasajeros. ¿No es así?

—Sí.

—Y aquel día también ocuparías tu puesto en esa forma…

—No lo recuerdo, pero… Sí, así fue. Sin embargo, observé que se había teñido el cabello. Ya no era rubia, ¿comprende?

—Pero era ella, sin duda.

—¡Y dale con lo mismo! Claro que era ella, *miss* Shelman!

Algo no encajaba en alguna parte. Estaban saliendo a luz hechos que no tenían explicación, y, por otra parte, esos mismos hechos daban validez a las teorías de Mc Givern sobre el pasado de Sue.

—¿Cómo dices que se llama? —pregunté secamente.

Suspiró resignadamente y gruñó:

—Dixie Shelman. Y el hermano, Jesse Shelman. Ella es soltera, ¿sabe?

—*Okey,* muchacho. Llévame abajo. Quiero hablar con el administrador.

Me acompañó hasta el despacho del encargado. Tras presentarme hablé duramente, como si tuviera detrás de mí el espaldarazo de toda la policía de la ciudad.

—Quiero ser sincero con usted —dije—. Necesito echar un vistazo al apartamento «247 C». Naturalmente, usted puede exigirme un mandamiento judicial, y yo lo tendré en una hora, pero perderé ese tiempo, y además, usted conseguirá una publicidad muy desagradable. ¿Puede facilitarme la entrada en el cuarto?

No lo pensó ni medio minuto.

—Perfectamente —asintió—. Pero yo estaré en el interior con usted. Sólo para salvaguardar mi responsabilidad.

—No hay inconveniente.

Me escoltó hasta arriba, sacó una llave maestra y penetramos en el apartamento. Él se colocó detrás de mí, sin pronunciar una palabra, sin interferirse para nada, pero también sin perderme de vista ni un segundo.

Estaba amueblado con lujo, aunque tenía un aire poco personal, como si la vida que se hiciera allí dentro fuera solo de paso.

—¿Hace mucho tiempo que esos dos hermanos viven aquí? —pregunté, antes de iniciar el menor registro.

—El hermano sí. Alquiló este apartamento hace casi un año. Al principio vivía aquí constantemente, pero después comenzó a ausentarse con frecuencia. Luego llegó la hermana, hace cosa de un mes...

—Supongo que habrán presentado documentos convincentes...

—Sin lugar a dudas. ¿Tendría inconveniente en decirme qué es lo que anda mal, oficial?

—Más tarde, quizá.

Lo dejé y me dediqué a examinar el contenido de los muebles. No había mucha ropa, ni apenas efectos personales. Todo hacía pensar en un lugar provisional, un sitio destinado a ocuparlo unos días antes de instalarse definitivamente en otra parte, o emprender un viaje...

Sin embargo, hacía un año que Jesse Shelman lo había arrendado.

Y de pronto se me ocurrió la idea. Jesse Shelman tenía otro domicilio fijo, él suyo real donde pasaba la mayor parte de su tiempo. Pero si era así, ¿por qué diablos sostener un lugar tan costoso como el que estaba registrando?

Un refugio tal vez...

—¿No ha tenido usted noticias de ella, de... Dixie Shelman?

—Ninguna desde que se fue.

—Ni ha leído los periódicos por lo que veo...

—¿Cómo?

—Nada, olvídelo.

Media hora más tarde me detuve, descorazonado. Nada de interés había surgido a la luz.

Plantado en medio de la salita, cuyo enorme ventanal daba a

una pequeña terraza, paseé la mirada a mí alrededor. Finalmente, volví a sacar la única maleta que había en el armario y la abrí. Estaba vacía, pero en una bolsa especial de la tapa contenía algunos utensilios de aseo, viejos y cubiertos de polvo, olvidados allí desde que se vació la maleta.

Los saqué. Un cepillo de dientes dentro de un estuche roto, un pequeño cepillo para la limpieza de una rasuradora eléctrica, y uno de esos estuches planos de piel para guardar las zapatillas en los viajes.

Y un trozo de periódico, un recorte arrugado y amarillento.

Estuve a punto de volverlo a meter todo dentro de la bolsa, porque el papel tenía todo el aspecto de ser el rasgado envoltorio de cualquiera de aquellos objetes. Pero lo desplegué casi mecánicamente, sin un propósito determinado.

Y en el mismo instante supe que había dado con algo importante. Porque, en un recuadro, la fotografía de Sue me contemplaba con una dulce sonrisa. Una Sue mucho más joven, con el cabello largo y ensortijado, de la moda que se llevó siete u ocho años atrás… y una cabecera en la que podía leerse:

«ACUSADA DE ESTAFA CRIMINAL»

Debajo, y en tipos más pequeños, rezaba:

«TODA LA POLICIA DE CHICAGO TRAS SUS HUELLAS»

Quedé allí, paralizado, incapaz de moverme y de razonar. Poco a poco, doblé el recorte, introduje lo demás en la maleta y, todavía aturdido por mí descubrimiento, me levanté pesadamente.

—Eso es todo —dije—. Podemos salir de aquí.

El encargado miró acusadoramente el recorte que tenía en la mano.

—¿Qué trata de llevarse, oficial? —indagó bruscamente.

—Es solo un recorte de periódico. Si lo desea puedo firmarle un recibo.

Vaciló. No estaba muy seguro de lo que debía hacer. Al fin terminó por encogerse de hombros. Dijo entre dientes:

—Si solo es un trozo de periódico…

—Si vuelve por aquí ese Jesse Shelman no le diga una palabra de mí visita. Pero llame inmediatamente al «Precinto 27» y pregunte por el capitán Hartford o por el detective O'Neil. Tome nota para no olvidarlo, por favor.

—Sí… un momento…

Lo anotó cuidadosamente. Cuando descendíamos en el ascensor todavía pregunté:

—¿Cómo paga el alquiler?

—Por trimestres. Personalmente.

—¿Cuándo vence el próximo?

—Falta todavía un mes y medio.

—Ya veo.

Salí como si me persiguieran, llamé a un taxi y me hice conducir a la oficina de Brett Mc Givern, al que entregué el recorte casi sin pronunciar una palabra.

—¿Qué te decía yo, muchacho? —exclamó, entusiasmado—. Eso es lo mejor que podías haber hecho por Martha, créeme… Voy a llamar nuevamente a mí detective de Chicago dándole ese nombre de Shelman, y los datos del periódico. Ese recorte parece del «Suri»…

No me entretuve allí, sino que volví a salir y desde un teléfono público llamé al «Precinto» y pregunté por el capitán.

Cuando lo tuve al aparato le dije que deseaba verlo. Lo único que dijo fue:

—Iré a su casa cuando salga a comer, O'Neil… si es que me dejan. No venga por aquí todavía. Los reporteros rondan esto como un panal de miel.

—Gracias, señor.

Mientras andaba hacia la estación del «Metro» para regresar a mí apartamento, pasé mentalmente revista a lo averiguado hasta el momento. Excepto la fotografía, la existencia del hermano y poco más, no podía decir que tuviera mucho de positivo. Sin embargo, pensaba exponérselo al capitán. Necesitaba su ayuda si quería obtener resultados más rápidos.

No obstante, nadie parecía tener prisa, como pude comprobar en los días que siguieron. Sólo yo estaba acuciado por la impaciencia de librar a la mujer que lo era todo para mí.

CAPÍTULO IX

Durante todo el día, el martes siguiente, apenas si pude hacer nada para colaborar con Mc Givern. De vez en cuando, me telefoneaba y cambiábamos impresiones.

Él estaba esperando los informes de Chicago, mientras preparaba cuidadosamente sus argumentos para la defensa, ya que el fiscal demostraba una excesiva prisa por presentar el caso ante el tribunal. Lo veía tan fácil, tan condenadamente redondeado para proporcionarle a él un triunfo, que lo único que deseaba era lucirse cuanto antes.

Sólo mi disciplina y mi amor a la carrera que había elegido conseguían mantenerme sujeto.

El capitán Hartford me llamó diciéndome que seguían sin noticias de los dos *braveros,* Moore y Bradford, pero que se habían mandado sus señas a los federales. También me dijo que los de Homicidios estaban furiosos conmigo porque habían descubierto que había andado haciendo preguntas a los vecinos de Sue.

A eso respondí solamente:

—Usted ya sabe todo lo que llevo averiguado hasta el momento. Es algo que debieron haber hecho ellos anteriormente *y*...

—Está bien, está bien, O'Neil. Yo me limito a informarle de cómo están las cosas. Cuando llegué el momento, si vemos que estamos en el buen camino, les daremos un tirón de orejas. Pero recuerde que todavía falta explicar qué sucedió con el primer disparo, si es que se realizaron dos como usted supone.

—Eso es lo que me mantiene quieto aquí, dándole vueltas al problema. No consigo hallar una respuesta, a eso, señor.

—Ni creo que la haya. En fin, seguiré manteniéndole al corriente. Recuerde que el jueves se incorpora usted nuevamente al servicio. Parece que los periódicos se han cansado ya del asunto. Después de todo, el «Precinto» ha salido mejor librado de lo que creíamos...

Colgué el teléfono sintiéndome poco menos que como un preso en su celda. Y a medida que pasaban las horas, esta sensación se agudizaba, y mis nervios amenazaban con estallar en cualquier momento.

Para acabar de empeorar las cosas, y seguramente debido a mí interferencia en los asuntos de la Brigada de Homicidios, me habían puesto incontables trabas para ver a Martha, con lo cual mi estado de ánimo no era el más apropiado para recibir amablemente a nadie aquella noche.

Cuando sonó la llamada en la puerta pegué un respingo. Después quedé inmóvil, pensando en el atentado del coche y todo lo demás.

Cuando me moví lo hice con el «38» empuñado y listo para disparar. La llamada se repitió mientras me acercaba a la puerta. Antes de abrir pregunté:

—¿Quién está ahí?

—No me conoce usted, O'Neil, pero tengo algo muy importante que decirle…

Mis temores se agudizaron. Aquella voz no era la primera vez que la oía, sin embargo no podía identificarla…

—Su nombre —exigí—. Y procure que suene muy claramente.

—¡No sea estúpido! Abra la puerta… es muy importante.

—No hay nada lo bastante importante como para jugarme el pellejo. ¿Qué juego se trae entre manos?

—¡Maldita sea! Quiero hacerle un favor, al mismo tiempo que me libro de recibir un *chinazo* en cualquier esquina.

—¿Quién va a pegarte un tiro en una esquina?

—¡Condenación! ¿Es que vamos a estar hablando a través de la puerta?

Su acento era perentorio, convincente, pero yo conozco a criminales capaces de emular a Hamlet recitando un papel…

Estaba dudando entre abrir o no la puerta cuando una nueva voz sonó a mis espaldas.

Sólo dijo:

—¡Deje caer la *fusca,* poli!

Dejé caer el revólver. Sonó una risita a mis espaldas y la voz subió de tono cuando dijo:

—Muy bien, chico, ya lo tengo. Vuelve abajo y ten los ojos muy

abiertos.

Entonces comprendí al fin qué había perseguido el tipo del pasillo; mantenerme pegado a la puerta, mientras su cómplice se colaba por la ventana.

Giré lentamente y me encontré ante un desconocido.

No era muy alto, ni siquiera corpulento. Era un individuo que habría pasado desapercibido en todas partes, y si alguien lo hubiese mirado dos veces, lo hubiera tomado por un tendero retirado o algo semejante.

Pero el «45» automático que empuñaba no era un instrumento de tendero precisamente.

—¿Qué significa esto? —pregunté fríamente—. ¿Vais a darme el paseo?

—Puede que *truene* y puede que no. De momento pórtese bien, niño. Bajará las escaleras como si fuera a dar un paseo. Yo iré detrás de usted con la *herramienta* preparada. ¿Estamos, poli?

—*Okey*.

—Pues andando.

—Voy a ponerme la chaqueta.

Se rio otra vez, de aquella manera fría y segura.

—No gaste una jugada, poli, o le *trueno* aquí mismo.

—Está el revólver en el suelo. ¿Qué esperas, que saque una ametralladora?

No dijo nada. Cuando salimos del apartamento él aprovechó para agacharse rápidamente y apoderarse de mí revólver, que desapareció en su bolsillo.

A mí no me cabía duda de lo que me esperaba. Un paseo mortal, un balazo en la nuca y a la mañana siguiente alguien encontraría mi cadáver abandonado en cualquier cuneta.

Bajé despacio, espiando la más mínima oportunidad. Pero el pistolero era un profesional. Sabía en todo momento lo que tenía que hacer. Comencé a pensar que tal vez era forastero... un pistolero «importado» para un trabajo delicado. Cumplido el «encargo» desaparecería sin dejar el menor rastro. Muy fácil.

En la calle había un coche, un gran *sedan* negro que reconocí como el que me había soltado la andanada con la *Thompson.* Ya no me cupo duda alguna sobre sus propósitos.

Un hombre estaba sentado tras el volante, un tipo al que en la

oscuridad era difícil distinguir con detalle. Sin que ninguno pronunciara una palabra, el coche se puso en movimiento tan pronto estuvimos sentados en el asiento trasero.

En mi costado sentía perfectamente el duro contacto del cañón de la potente automática. Y con la misma dureza podía percibir la fría calma del asesino profesional, completamente tranquilo, tan desapasionado en su trabajo como un chupatintas cualquiera.

No me preocupé mucho por la ruta que seguíamos. Necesitaba concentrarme en una sola cosa: escapar. Salvar la vida. Eso era todo lo que tenía que ocupar mi mente por entero durante los próximos minutos.

Observé que de vez en cuando el contacto de la pistola se aflojaba, para volver a presionar casi inmediatamente. Pero había unos segundos que se apartaba unís pulgadas de mis riñones. También descubrí que eso sucedía cada vez que el coche daba un bandazo, o tomaba una curva. Desesperado, me aferré a ese resquicio de esperanza como el náufrago a una tabla.

Estuve atento al próximo cambio de dirección, con todos mis sentidos concentrados en lo que iba a hacer. Tenía una probabilidad contra un millar de escapar ileso, porque el arma no cambiaba de dirección cuando se apartaba. Sin embargo, era todo lo que podía hacer, de manera que cuando vi acercarse la próxima curva, después del puente, todos mis músculos se dispusieron para el esfuerzo.

En aquel momento, el que conducía dijo:

—Ese sitio está a unos diez minutos de aquí, Willis—. Está bien.

El conductor inició el viraje. La pistola comenzó a apartarse lentamente, pero esta vez yo me moví en dirección contraria al arma, y al mismo tiempo golpeé hacia atrás con él brazo. Sólo era cuestión de empujar la mano armada lo suficiente para que el primer disparo se hundiera en el respaldo del asiento. El resto ya dependía enteramente de mis fuerzas.

El pistolero comprendió lo que estaba sucediendo una décima de segundo demasiado tarde. Gritó salvajemente y al instante la pistola ladró su canto de muerte. Sentí un desgarrón y un golpe en el brazo, pero no podía detenerme si quería salir con vida de aquel coche, así es que me revolví y conseguí sujetar al pistolero contra el

rincón del asiento, mientras con la otra mano intentaba apoderarme del arma.

Lanzó una catarata de maldiciones. También la voz del conductor se unió al concierto. El único que se mantuvo callado fui yo porque estaba demasiado ocupado.

Había logrado inmovilizar su mano, y todas mis energías se concentraban en mantenerlo inmóvil contra el rincón. Noté cómo el coche disminuía la velocidad. Tenía que darme prisa.

Cuando él menos podía esperarlo, levanté su brazo armado sin aflojar la presa de mis dedos. Al mismo tiempo deslicé mi rodilla hacia un lado y entonces tiré hacia abajo de manera que su antebrazo golpeó como una maza en mi pierna. Sentí un dolor agudo que casi me paralizó, pero para él resultó peor.

Chilló como una bestia herida, soltó la pistola y su brazo quedó inerte mientras sus gritos amenazaban con romperme los tímpanos. Por lo menos le había roto el hueso.

No me preocupé más por él, sino que me dejé caer sobre la alfombra en busca de la pistola. El coche se detuvo en el mismo momento que mis dedos se cerraban alrededor de la culata. Giré haciéndome un lío con las piernas del criminal, pero conseguí doblar el cuerpo lo suficiente como para ver algo por encima de mí. Y lo que vi fue la cara de John Moore que se inclinaba por encima del respaldo delantero mientras me buscaba con un revólver de cañón corto.

No esperé más. Tiré del disparador y la enorme automática brincó en mi mano dos veces, rugiendo como un largo trueno.

John Moore se enderezó al instante haciendo una mortal pirueta. Después desapareció de mí vista y entonces el otro comenzó a patearme, aprovechándose de mí violenta postura. El hombre estaba como loco, y barbotaba maldiciones y amenazas a chorro. Sentí también su mano sana como tanteaba algo, y de pronto, cuando intenté incorporarme para acabar de una vez con sus puntapiés, sentí unos dedos de acero cerrarse alrededor de mí garganta. Apretó con la fuerza de la desesperación y pronto noté que el aire silbaba angustiosamente para penetrar en mis pulmones.

Bien; el tipo se lo había buscado. Doblé la muñeca tanto como pude y disparé una vez más. La llamarada del arma casi me chamuscó la cara, tan cerca la tenía.

Pero los dedos aflojaron su presa, los pies quedaros quietos de una vez y yo me sentí libre para moverme con soltura.

Salí del coche dando tumbos. Tardé un par de minutos en volver a razonar con claridad y me decidí a re cobrar mi revólver. Hecho esto, dediqué la atención a mí brazo herido. La sangre se deslizaba, cayéndome desde la punta de los dedos hasta el suelo.

Con el pañuelo, y ayudándome con los dientes, logré fabricar un torniquete lo más apretado posible. Pronta la sangre dejó de gotear.

Me dejé caer sentado junto al coche y allí permanecí, sintiéndome cada vez más débil, hasta que un auto-patrulla me encontró.

A partir de aquel momento no hubo tranquilidad para mí. Declaraciones y más declaraciones, entrevista con un teniente de los patrulleros, con otro de Homicidios y, finalmente, con el capitán Hartford.

Este se quedó solo en la habitación del hospital, y entonces tuve que contarle nuevamente lo que había su cedido.

Sólo una cosa pareció interesarle verdaderamente.

—¿Está seguro de que era John Moore quien conducía el coche?

—Sí. De todas formas, podrán identificarlo en el Depósito.

—Seguro. Teniendo el cadáver en nuestro poder podremos averiguar fácilmente quiénes son esas fulanas Tal vez eso nos aclare un poco lo que se proponen hacer.

Me dijo también que todavía no había recibido respuesta de los federales, se despidió y me dejó solo.

Una pesada modorra, producida por la pérdida de sangre, hizo que durmiese como un tronco horas y horas. Cuando volví a la vida había transcurrido la mitad del miércoles.

Tras la cura de mí brazo, el médico comentó:

—Tuvo usted mucha suerte, amigo. Un poquito más y le hubieran destrozado la articulación del codo.

—¿Cuándo podré salir de aquí?

Sonrió alegremente.

—Si me da su palabra de mantener el brazo inmovilizado y descansar, no veo inconveniente en que se vaya hoy mismo, aunque sería preferible que se quedase aquí un par de días.

—No puedo perder dos días más, doctor. ¿Quiere ordenar que traigan mis ropas?

No opuso más inconvenientes, de manera que una hora más tarde abandonaba el hospital sintiéndome débil, mareado y dolorido. Y acuciado por la misma impaciencia que me impulsaba a luchar con todas mis energías por conseguir la libertad de Martha.

CAPÍTULO X

El jueves por la mañana entré de servicio. Mis compañeros se esforzaron para que todo fuera como siempre, pero sus miradas delataban que su curiosidad no estaba satisfecha ni mucho menos, aunque no se atrevieron a preguntarme directamente.

Tuve la suerte de que aquel resultó un turno tranquilo. Hacia el mediodía me llamó Brett por teléfono para decirme que había recibido ya un largo telegrama de Chicago en el que le adelantaban un resumen del informe que seguía por avión, y en el cual le enviaban también unas fotografías. Quedamos en que pasaría a verle a media tarde.

Tras esto, hubo un robo en una tienda de baratijas y tuvimos que movernos rápidamente. Echamos el guante al ratero que había hecho el trabajo apenas dos horas después. Era un tipo tan conocido de todo el «Precinto» que ya no causaba curiosidad cuando entraba detenido, una y otra vez.

A falta de nada mejor que hacer me puse a redactar el informe. Y entonces me llamó el capitán Hartford. Al entrar en su despacho vi que tenía unos papeles sobre el escritorio.

—Siéntese, O'Neil —gruñó—. Acabo de recibir los informes del Departamento Federal.

—¿Los tenían fichados?

—Sí… y eso no es lo desconcertante. Ninguno de esos dos tipos es un delincuente importante, ni siquiera de categoría. Eso ha derrumbado estrepitosamente la idea que yo me había formado del caso.

Me sorprendió, porque nunca me había dicho una palabra sobre esa idea. Pero callé, esperando que siguiera.

—John Moore, el desgraciado a quién usted mató la otra noche, se había dedicado desde que vestía pantalones cortos a saquear bares y tiendas una vez cerrados. Tenía una especial habilidad para camuflarse, en el interior, de manera que cuando

cerraban las puertas él salía de su escondrijo y hacía su trabajo. Lo habían pescado varias veces.

—Y de repente se mete en un asunto tan importante que justifica un par de asesinatos.

—Eso es. Por lo que respecta a Bradford casi podemos decir lo mismo. Su especialidad era el robo en grandes almacenes de mercancías. Y también ha aparecida envuelto en este caso. Naturalmente, sus nombres no son auténticos. Tienen media docena de *alias*.

—¿Ha informado de eso a los de Homicidios?

—Todavía no. Tenemos que comprobar qué relación tienen con usted y Sue Payne... si es que realmente todo es el mismo asunto.

—¿Puede decirme cuál era su idea respecto a esos dos, señor?

—Prefiero esperar, O'Neil. Todavía no he abandonado las esperanzas de que esté en lo cierto... A propósito; recuerde que mañana tiene usted el servicio de custodia en la *Kingwell Corp*. ¿Cómo va su brazo?

—Perfectamente, señor. No me molesta en absoluto mientras no tenga que hacer fuerza con él.

—Debía usted haberse quedado en el hospital...

—¡Diablos, no! —exclamé—. Bueno, quiero decir que ya llevo demasiados días inactivo, señor. Necesitaba venir aquí o me hubiera vuelto loco.

Sonrió como un zorro y me despidió.

El resto del servicio resultó pura rutina, y gracias a mí brazo me libré de todo lo que hubiera podido ser pesado.

Eran más de las cinco cuando llegué al despacho de Mc Givern. Me mostró el telegrama que había recibido de los investigadores privados de Chicago.

—Una vez más —dijo—, yo tenía razón. Tu amiguita era una pequeña zorra, y ahora no me cabe duda alguna que te pescó a través de la ventana para utilizarte en alguno de sus turbios manejos.

Leí el telegrama y una extraña sensación de vacío invadió mi estómago. Según los detectives, la que yo había conocido como Sue Payne se llamaba Maybelle Clark, aunque había utilizado otros nombres. En Chicago se había dedicado a varios asuntos hasta que se unió a un tipo llamado Jimmy Rafferty, un estafador fichado.

Mientras leía aquel informe me parecía estar viendo a Sue, oyendo su voz, y apenas si podía creer lo que tenía ante los ojos. No era posible que ella me hubiera mentido hasta semejante extremo. Además, su temor, su reconocimiento de haberse enamorado de mí…

Seguí leyendo, no sin esfuerzo.

Los dos estafadores se habían dedicado al timo del *marido burlado,* o sea, ella engatusaba a un *primo* y lo llevaba a un hotel. Y tan pronto ella comenzaba a quitarse el vestido el supuesto marido hacía su entrada violentamente, sorprendía a la pareja y el incauto tenía que evitar el escándalo mediante el pago de una buena suma.

Y en uno de esos encontraron su fin como pareja. El elegido como víctima propiciatoria resultó que le importaba un pito el escándalo, le sacudió un par de patadas al *marido* y corrió a llamar a la policía.

Cuando los agentes llegaron al hotel, encontraron a Jimmy sin conocimiento debido a las «caricias» recibidas del indignado ciudadano, pero Maybelle Clark había huido aprovechando que el hombre estaba hablando por teléfono desde la salita vecina.

Nunca pudieron detenerla, ni fue encontrada su pista desde aquella época. En cambio, Jimmy había salido de la cárcel unos años después y se había esfumado. La policía opinaba que debía haberse reformado, ya que en la prisión así afirmó que lo haría.

Yo sabía que no se había reformado en absoluto.

Terminaba el informe diciendo que remitían por avión unas fotografías de la pareja y un informé completo y detallado.

—¿Qué te parece? —gruñó Brett, satisfecho.

—No está clara la actuación de ella, Brett —dije—. Pudo ser una víctima de ese Jimmy Rafferty… él pudo obligarla a…

—Tonterías. La cabra siempre tira al monte, amigo, de manera que cuando reciba el informe le daremos algo en qué pensar al señor fiscal.

Entonces le conté lo sucedido con Moore y el pistolero, los informes de los dos ladrones y su conexión con Sue. Le interesó todo esto, porque si los podía relacionar a todos ellos ante el tribunal, el retrato que los jurados se hicieran de la víctima sería mucho más desagradable, más sucio, de lo que el D. A. habría deseado.

—Creo que, dentro de las dificultades del caso —terminó el abogado—, las cosas se nos ponen mejor de lo que cabía esperar.

Yo no compartía su optimismo con tanto entusiasmo, pero incluso así, cuando salí a la calle me pareció que los negros nubarrones que habían cubierto el futuro de Martha comenzaban a despejarse lentamente.

El brazo me dolía, y el cansancio ponía plomo en mis pies, de manera que me encerré en mi apartamento y me acosté pensando en mi servicio matutino del día siguiente.

Mi llegada a la oficina de la *Kingwell Corp* desencadenó una oleada de comentarios en voz baja. Toda aquella gente había leído los periódicos y contenido su curiosidad durante la semana. Hubo algunos intentos de arrancarme mi versión de lo sucedido, preguntas más o menos directas sobre mi intervención, pero como yo no quería hablar, y sobre la larga y ancha mesa esperaba la montaña de billetes de costumbre, pronto dejaron de interesarse por mí y se entregaron al trabajo.

Tomé mi silla de costumbre y me senté. La puerta estaba cerrada y la llave en mi bolsillo, de manera que encendí un cigarrillo y contemplé distraídamente la agilidad de los dedos de los contadores, el cambio de tamaño de la montaña de papel moneda... y empecé a calcular mentalmente cuánto dinero habría allí encima. Si era como las otras veces, el total ascendía a casi trescientos mil dólares. Juzgando que fuera el mismo, me entregué a complicados cálculos y adivinanzas hasta que me cansé del juego.

Como de costumbre también, terminaron justo a la hora de comer. Esperé que se cerrase la gran caja de caudales antes de abrir la puerta y salir en compañía de aquellos hombres, por cuyas manos pasaban enormes sumas de dinero y de este solo una ridícula parte les correspondía.

Mientras descendíamos las escaleras, uno de ellos preguntó directamente:

—¿Es cierto que esa chica era una belleza?

Lo miré, con muy pocos deseos de responderle. Era joven, de unos treinta años, bien parecido y simpático. Llevaba varios meses trabajando en la Compañía y yo ya me había acostumbrado a verlo allí.

—Pues sí... —dije—. Era muy hermosa.

—Me llamo Dickinson, míster O'Neil.

—Me alegra conocerlo, Dickinson.

—¿Tomamos una copa en la cantina? Ahora no está usted de servicio.

—No, gracias. Tengo algo deprisa… otro día, amigo.

—Cuando quiera…

Estreché su mano, él me sonrió con toda su boca y lo dejé. Un tipo agradable y que no duraría mucho en su trabajo. Pronto encontraría algo mucho mejor, seguro. Tenía el tipo y el aplomo para hallar un empleo más remunerado…

Me olvidé de él para pensar otra vez en Martha. Decidí que, a pesar de los impedimentos que me ponían para verla, aquella misma tarde me entrevistaría con ella. Necesitaba que alguien la animase.

Comí en una cafetería. Después traté de localizar a Mc Givern y no lo conseguí. Su secretaria me dijo que hasta las cuatro no estaría en la oficina.

Tras esto fui a ver al capitán por si tenía algo nuevo para mí. Lo único que me dijo fue que descansara, que mi brazo tenía mal aspecto y que cómo me había ido el servicio de la mañana.

—Como siempre —dije—. Rutinario.

—Nunca es rutinario un trabajo en el que hay trescientos mil dólares en danza, O'Neil.

—Eso es cierto.

—¿No se le ha ocurrido pensar que ese podía ser el motivo de todo lo que ha sucedido?

Le miré, estupefacto.

—¿Los trescientos mil?

—Sí.

—Temo que no le comprendo… ¡Espere! Creo que sé lo que quiere decir…

—Eso es. Usted custodia ese dinero mientras está fuera de las cajas de seguridad, durante las horas que se emplean en contarlo… Siempre usted. Y la llave de la puerta está en su bolsillo. Un mal asunto para cualquier asaltante que quiera apoderarse de los montones de billetes. En cambio, si usted se ponía de acuerdo con ellos para facilitarles él trabajo el asunto se convertía en un juego de niños.

—En esa teoría puede haber algo, capitán, aunque no tal como usted la expone... Tenga en cuenta que el úrico que se jugaba el pellejo era yo. Todo el mundo sabría quién había facilitado la entrada a los ladrones: yo. Y usted sabe lo que eso significa.

—Le he expuesto la idea general. Pueden haberlo planeado de manera que usted quedase en buen lugar... mediante el pago de parte del botín. Sue debía ser la encargada de atraerlo, convencerlo de...

—Ella se interesó mucho por mis ingresos. Recuerdo que dijo que lo que yo ganaba en un año, los tipos listos se lo embolsan en un mes...

—Ahí tiene.

—Pero no podían ser tan imbéciles de creer que yo me iba a jugar el porvenir, sabiendo que tenía todas las de perder franqueándoles la entrada. Debían saber que la policía me encontraría así me escondiera en el fondo de la tierra. Tienen mi fotografía, mis huellas... No, capitán. La cosa debía estar planeada de otra forma.

—Seguro... pero ese debe ser el nudo básico de la cuestión. Piense en ello y trate de aclararlo. Usted conoce el terreno. ¿Cómo podrían hacerse con los trescientos mil estando usted allí, sin correr riesgos? Y, naturalmente, sin que usted quedase comprometido descaradamente...

—Trataré de descubrir cómo podría hacerse, capitán... aunque ese no es un trabajo para un par de vagos como Moore y Bradford.

—No, pero alguien pudo contratarlos para que le ayudaran. Un tipo con cerebro. Y, según lo que sabemos ahora de Sue y su supuesto hermano, ese Jess Shelman, muy bien podría ser él el cerebro de la pandilla. Hizo usted un buen trabajo, muchacho.

—Gracias, señor. ¿Qué hay de Homicidios?

—Nada todavía —sonrió—. Me gustaría darles una pequeña lección a esos sabiondos. De momento, Green y otros dos de los nuestros están trabajando en eso.

Me sentí mucho más animado después de esta conversación, pero mientras me dirigía al despacho de Mc Givern, dispuesto a esperarle, mi satisfacción casi se esfumó al darme cuenta de que todo esto podía ser cierto, pero no servía para sacar libre a Martha. Podía beneficiarla a la hora del veredicto, pero no la libraría en

absoluto.

Brett estaba en su despacho, lo que demostraba que hasta las más eficientes secretarias cometen errores. Le conté la idea del capitán, pero desde su punto de vista de abogado no pareció interesarle mucho.

Estuvimos hablando sobre sus planes para la defensa. Una vez más me convencí de cuán inteligente era.

Nos pasó el tiempo tan rápidamente que ninguno de los dos advirtió lo tarde de la hora hasta que tuvimos que encender la luz.

Entonces él gruñó:

—Te apuesto que tenemos las noticias de Chicago ahí fuera...

Recordé que la secretaria se había despedido hacía rato, pero lo seguí hasta la puerta, donde había un buzón para la correspondencia que llegaba.

—Hay un último reparto a estas horas —comentó.

Había acertado. Un grueso sobre esperaba, junto con nosotros, en el fondo del buzón.

—Este es —dijo—. Vamos a verle la cara a ese tipo...

Entramos de nuevo y él rasgó el sobre. Sacó varias hojas mecanografiadas y dos fotografías. La de Sue hermosa y joven, con su cara de ingenua... sus hermosos ojos.

Y la de su cómplice en Chicago.

Quedé mirando aquella cara de facciones correctas, simpáticas, y hasta que Brett me sacudió por el hombro no volví a la realidad.

El gruñó:

—¿Qué demonios te pasa, muchacho?

—Esta cara...

Tomó la fotografía.

—¿Qué pasa con ella, la has visto alguna vez?

—Sí, Brett —murmuré, aturdido por el descubrimiento—. He descubierto un trabajo sensacional, un plan fantástico. Hasta es posible que ascienda un peldaño en mi carrera, pero nada de eso nos ayuda a sacar a Martha de su celda.

—¡Diablo, Ed! No comprendo nada...

—Me llevo esas fotografías de momento —añadí—. Si quieres acompañarme tal vez saques alguna conclusión que te sirva para la defensa de Martha. ¿Qué decides?

—¡Claro que te acompaño! Pero necesito saber qué te

propones.

—Lo verás sobre la marcha.

Y lo vio. ¡Y de qué manera!

CAPÍTULO XI

Fue preciso sacar de su casa al jefe de personal de la *Kingwell Corp, y* llevarlo con nosotros hasta las oficinas de la Compañía.

Allí, consultamos los ficheros, tomé unas notas y, tras darle las gracias al perplejo y alarmado burócrata, salimos disparados con el coche de Brett hasta las señas que había anotado al consultar la ficha.

Era una casa sencilla, sin pretensiones, pero limpia y bien conservada.

Tuvimos el primer tropiezo al llamar al apartamento que nos interesaba. Nadie acudió a abrir.

—El tipo no está en casa —refunfuñó el abogado.

—No importa. Tenemos que entrar ahí, Brett. Quiero ver el interior y esperarlo en su propio cubil.

—¡Eh, espera un poco! Eso es un allanamiento, muchacho, aunque lleves una chapa en el bolsillo.

—Ahora no estoy de servicio. Fíjate en la cerradura, es de un modelo antiguo...

Comencé a trabajar con la cerradura. Brett siguió protestando alarmado, pero vigilando al mismo tiempo por si se presentaba alguien.

Tras no pocos esfuerzos la puerta cedió. Empujé a mí compañero dentro del oscuro apartamento y cerré la puerta de nuevo.

—¿Qué vas a hacer aquí?

—Registrar esto... y esperar a nuestro hombre.

El registro duró exactamente diez minutos. Tras este tiempo encontré lo que jamás pude haber soñado hallar.

Creo que de mis apretados dientes escapó una especie de gemido, algo incoherente. Podría haberme puesto a pegar saltos y me habría parecido la cosa más natural del mundo.

—¡Lo tengo, Brett...! —balbuceé sin voz.

—¿Qué es lo que tienes?

—¡La explicación… el disparo… y la libertad de Martha!

—¿Te has vuelto loco, Ed?

—Mira esto.

Alargó la mano y tomó mi hallazgo entre sus dedos como si se tratara de un escorpión. Lo miró una vez, levantó la cabeza y me miró a mí con el asombro retratado en su semblante. Luego, sus ojos cayeron de nuevo sobre lo que tenía en la mano.

—¡Santo Dios! —balbuceó—. ¡Y falta un cartucho…!

—¡Claro que falta uno! El que Martha disparó.

Los dos nos quedamos mirando el cargador. Era un cargador normal, del mismo calibre que la pistola que había pertenecido a Sue, pero los cartuchos no tenían bala. Eran cápsulas de fogueo.

—Con eso en mi poder, y sabiendo lo que sé de ese individuo, casi puedo hacer un dibujo de lo que sucedió, Brett —dije con entusiasmo.

—Tendrás que probarlo, muchacho. No basta que lo sepas tú.

—¡Oh, al diablo los abogados! —reí como un chiquillo—. He sido el estúpido más grande de todo el cuerpo de policía, Brett.

Nos quedamos mirando como si no nos reconociéramos, dejando que el asombro diera paso a la alegría. Y entonces una llave se introdujo en la cerradura y la puerta se abrió.

Giré como una peonza y me encontré mirando la simpática cara de Dickinson, uno de los contadores de la *Kingwell Corp.*

—Hola, muchacho —dije—. Entre y cierre la puerta.

Vi perfectamente cómo sus labios temblaban. Después cerró la puerta y avanzó dos pasos.

— ¿Qué diablos hacen ustedes aquí? Eso es un asalto, un… un allanamiento…

—Cierto. Puede añadir unos cuantos cargos más a la lista. Pero creo que tendrá otras cosas en qué pensar, Dickinson, o Shelman… o Rafferty. ¿Cuál es el nombre que debo emplear?

Se tambaleó. La palidez de su cara se hizo enfermiza y sus ojos nos miraron con un peligroso brillo en su fondo.

—Póngase contra la pared con las manos en alto, Dickinson —ordené—. Y no trate de sacar nada de sus bolsillos o le abrasaré.

Saqué mi mano con el revólver en ella. Brett fue el encargado de registrarlo y le sacó una pistola que no tenía por qué llevar

encima un simple oficinista.

—He encontrado el cargador de fogueo, Dickinson —dije—. Creo que se da cuenta que toda su farsa ha terminado.

—Está hablando demasiado. Espere a que llame a mí abogado y veremos si gallea tanto.

—Tenemos un abogado con nosotros, amigo. Y ahora, dígame cuándo sustituyó usted el cargador de la pistola de Sue… de su supuesta hermana. ¿Fue cuando ella se negó a seguir con el plan porque se había enamorado de un pobre polizonte?

Primero miró mi revólver. Luego hizo una mueca y gruñó:

—Cree que lo sabe todo, ¿eh?

—Lo sé todo, hijo de perra. Y no me haga perder más tiempo o le haré daño de verdad.

—¿Cree que me asusta? Usted es policía. Trate de tocarme y…

Le sacudí duro con el revólver. Chilló y cayó sobre la alfombra y allí siguió quejándose, sosteniéndose la mandíbula con las dos manos.

Brett me advirtió:

—Cuidado, Brett…

—¡Al diablo! —estallé—. Ese bastardo iba a consentir que Martha fuese condenada, después de haber sido él quien asesinó a Sue. Voy a convertirlo en papilla antes de entregarlo. Ahora verás.

Dickinson se arrastró por el suelo huyendo de mí. Le había roto la mitad de los dientes y la sangre escurría por su mentón ensuciándole la camisa. El terror se apoderó de él al darse cuenta que no podía esperar clemencia y empezó a gimotear.

—¡Te romperé tantos huesos que tendrán que volverte a montar pieza por pieza! —le aseguré, propinándole un puntapié que lo mandó contra la pared.

Eso fue suficiente.

—¡Le diré lo que quiera! —chilló—. Pero pagará esos golpes… usted no tiene derecho a…

—Tú tenías derecho a matar a Sue, ¿no es así? ¿Cuándo hiciste el cambio de los cargadores?

Tras una vacilación, se dio por vencido y confesó:

—Aquella misma mañana. Yo llegué allí y ella no estaba… busqué el arma, porque yo sabía que la tema. Cambié el cargador con la única intención de que ella, con el arma en su poder, se

creyera segura y me revelara cuáles eran sus verdaderos planes. Por teléfono me había dicho que ya se retiraba del negocio… que no quería seguir adelante.

—Ya veo…

—Cuando ella llegó tuvimos una discusión… la amenacé incluso para ver si su decisión era firme. Demostró que lo era, y estaba deslizándose hacia el aparador, donde estaba la automática, cuando llegó aquella chica.

—Martha —murmuré.

—Sí. Ya saben lo que sucedió después. Cuando la intrusa disparó, tuve la idea… fue como un relámpago. Yo me había escondido, y solo tuve que golpearla con el puño cerrado cuando cayó hacia atrás. Puse de nuevo el cargador en la pistola…

—Un momento —exclamé—. ¿Qué hacía Sue entre tanto?

—Me miraba —dijo sencillamente.

Sentí la tentación de machacarlo solo por eso, destrozarlo como a una bestia… y me contuve porque aquel tipo tenía que llegar vivo para sacar a Martha de entre rejas.

—Sigue.

—Bueno… Disparé, eso es todo.

—Tenías razón, chico —intervino Brett—. Hubo dos disparos.

—Está bien, Dickinson. Usted la mató, y estaba dispuesto a que una mujer inocente cargarse con su culpa. Lo pagará caro.

—Por eso la pobre Sue estaba pálida y asustada cuando abrió la puerta… y le pidió por favor a Martha que le devolviese el revólver, mientras seguían luchando —refunfuñó Brett—. Estaba casi histérica.

—Todo esto ya lo sabemos —le atajé—. Escuche, Dickinson, y terminemos de una vez antes que no pueda contenerme y lo haga pedazos. ¿Usted planeaba realmente robar la nómina de Kingwell?

—Sí.

—Ya veo. Yo debía caer bajo el poder de Sue y convertirme en cómplice. Supongo que usted, desde dentro, sacaría un arma y me amenazaría, se apoderaría de la llave de la puerta y daría entrada a sus dos cómplices…

—Poco más o menos, eso es lo que tenía pensado. Usted hubiese aparecido como un buen policía. Incluso podría haberle golpeado la cabeza para hacerlo más real. Lo importante era que no

ofreciera dificultades.

Brett me miró con asombro.

—Es listo el angelito, Ed —rio—. Me pregunto qué tal le sentarán las correas de la silla eléctrica en sus delicadas muñecas…

—Vamos, Dickinson —ordené—. Esto se ha terminado.

—Sí, ya veo… Y ha sido usted el que lo ha estropeado todo… solo por sacar a esa niña tonta de la cárcel…

Echó a andar seguido por el cañón de mí revólver.

Bajamos las escaleras. Una loca alegría saltaba dentro de mí ante semejante triunfo. Un triunfo que echaría en la cara de los de Homicidios, me valdría un ascenso, y sacaría definitivamente a Martha del lugar en que esperaba su destino.

Un maldito asunto que nunca podría olvidar.

Mientras corríamos en el coche de Brett, me Juré a mí mismo no volver a mirar jamás a través de una ventana, sobre todo si una mujer estaba quitándose las ropas en otra de enfrente. No quería más líos…

Además, para entonces ya tendría a Martha, y las exhibiciones de este tipo serían única y exclusivamente para su marido.

Yo.

F I N

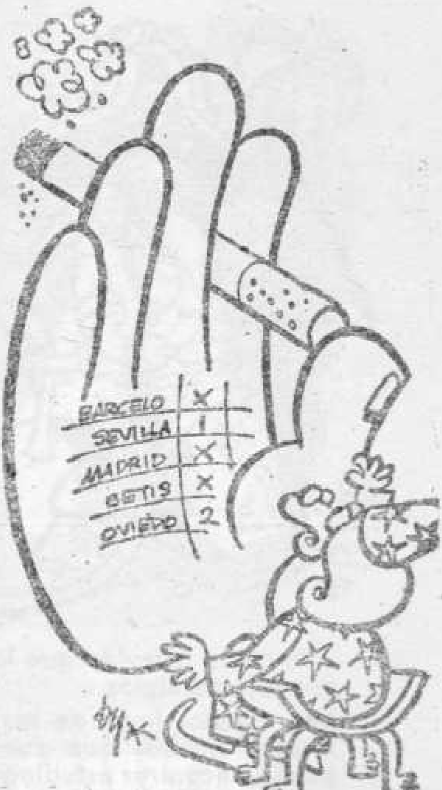
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.



MARABU ZAS

marabú ZAS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain